

Las Experiencias Activadoras de Estructuras (Exaces) en el desarrollo de las sociedades y de los individuos

Dr. Josep M^a Fericgla

“...dejarme una impresión indeleble en la conciencia
al conocer mi intrínseca mortalidad por experiencia directa,
sin tener que conocerla por la fe”.
(D. Lorimer, 2003, pág. 15)

INTRODUCCIÓN

Esta aportación nace de tres trabajos precedentes y complementarios. Uno de ellos es la sugerente obra de un investigador actual en el campo de la psicología analítica, el Dr. Luigi Zoja. Los otros dos trabajos son resultado de mis propias investigaciones.

En primer lugar, pues, está la hipótesis planteada por el psicólogo italiano de orientación junguiana Luigi Zoja. Este autor afirma que en el ser humano existe el *arquetipo de la iniciación* como parte de nuestra carga genética. Se trataría de la pulsión inconsciente que nos empuja a buscar estructuras culturales y formas de comportamiento que permitan desarrollar la necesidad de experimentar, con cierta periodicidad, procesos de muerte-renacimiento o de regeneración. Dado que hoy en nuestras sociedades postindustrializadas, a pesar de tratarse de una pulsión inconsciente e innata, no se permite el desarrollo saludable de este arquetipo aparecen formas anómalas de violencia, adicción al sexo y al trabajo, a ciertas drogas legales e ilegales y otros comportamientos compulsivos, como sucedáneos patógenos de lo que sería un recto desarrollo del arquetipo de la iniciación o de muerte-regeneración. Se busca el acercamiento a la muerte real como comportamiento substitutivo.

En segundo lugar y prolongando lo anterior, cabe añadir mi hipótesis de que existe también otra forma dinámica inconsciente y heredada –los arquetipos– que da forma a un conjunto de conductas y símbolos que denomino *pulsión evolutiva latente* o, más poéticamente, *arquetipo del camino*. Como analizaré más adelante y hasta donde conozco, en todas las culturas descritas por la etnografía el ser humano parece tener la sensación de que “va a alguna parte”, de que nuestra existencia no es un mero balanceo varado una vez llegados a adultos. Y esta necesidad de “ir a alguna parte” nos empuja. Además de querer prosperar profesionalmente, en Occidente, nos impele a buscar experiencias extáticas, a tratar de captar lo indescriptible de la naturaleza y del cosmos, a comprometernos en creencias místicas o religiosas que ofrecen la experiencia de lo trascendente. La imposibilidad de desarrollar el arquetipo del camino de forma saludable empuja a las personas a arriesgarse probando drogas visionarias, a afiliarse en sectas que prometen el desarrollo de esta pulsión y, especialmente, a adoptar el patrón consumista tan alejado del desarrollo real y satisfactorio de los arquetipos inconscientes. Se confunde la necesidad natural de “ir a alguna parte”

con el “tener cada vez más”. De ello derivan patrones de comportamiento consumistas y patógenos que frenan la evolución del ser humano anclado en el *tener* en lugar de desarrollarse hacia el *ser*.

Permítaseme ahora un pequeño paréntesis. Al hablar de arquetipos innatos nos referimos a un factor que forma parte de la carga genética del ser humano. Nos referimos a aquello que recibimos de la especie en el mismo acto de engendrarnos o durante el periodo intrauterino. Por tanto, la variabilidad genética permite pensar que unos arquetipos se manifestarán más en unos individuos que en otros, que en unos individuos se manifestarán de forma más persistente o clara que en otros y que ello no debe ser entendido como una manifestación de conflictos psíquicos. Los conflictos se crean al no poder realizar o dar salida y forma a tales pulsiones, pero no son las pulsiones en sí mismas ni su persistencia. De la misma forma que, por ejemplo, hay individuos que tienen más necesidad de realizar el acto sexual que otros, y no por ello deben ser diagnosticados como enfermos sexuales. Los arquetipos a los que nos referimos en este texto se manifiestan más en unas personas que en otras. Diríamos que hay individuos genéticamente más predispuestos que otros a ir más allá de ellos mismos y de las convenciones sociales que les rodean. Son éstos los que manifiestan tal necesidad con mayor intensidad, y ello no es un comportamiento desviado en sí mismo, sino que la anomalía puede presentarse en la forma que adquiere este comportamiento dentro de un marco social que no lo sanciona positivamente, pero el impulso de “ir a alguna parte” es normal y saludable.

En tercer lugar, mi aportación aquí es el resultado de la observación y análisis sistematizados de los asistentes a los talleres catárticos que dirijo desde el año 1996. Aproximadamente y hasta el momento actual, han pasado unas dos mil quinientas personas y se trata de un gran experimento: ofrecer experiencias activadoras de estructuras ¹, o ritos iniciáticos de muerte-regeneración, construidas completamente con elementos propios de la cultura occidental contemporánea. Son experiencias catárticas que ayudan a desarrollar de forma armónica y global los arquetipos mencionados, de ahí que tales talleres prácticos se denominen de “integración vivencial de la propia muerte”, ya que literalmente los asistentes pasean por sus límites existenciales sin perder la conciencia y en la medida en que sus miedos y fijaciones se lo permiten. Es lo mismo que se busca, bajo innumerables formas culturales, en los ritos de transformación o iniciáticos de las sociedades tradicionales.

Partiendo de estos tres pilares, voy a tratar de que mi aportación aquí sea útil, realista (lo cual no significa de fácil desarrollo) y ampliamente fundamentada.

Parte I

I.1.

La situación y el nudo

Empecemos reflexionando sobre algunas realidades que, probablemente, todo especialista en antropología, filosofía, sociología o ciencias de la mente ya conoce. A menudo, es útil recordarlo

¹ Por esta expresión, Experiencias Activadoras de Estructuras, me refiero a una realidad ampliamente desarrollada en otro texto, desarrollada desde el punto de vista conceptual y teórico. El acrónimo es Exaces. Se trata de experiencias que marcan la vida de las personas, dándoles orientación, contenido, términos existenciales de referencia y un conjunto de elementos simbólicos que constituyen la base viva de la idiosincrasia de cada individuo, de su ser y estar en el mundo. Es lo que, hasta hace poco, hubiera denominado Ritos iniciáticos o de paso, a falta de una expresión mejor. La diferencia entre ritos y ceremonias, en pocas palabras, consiste en que los ritos siempre deben contener y orientar alguna transformación de la identidad y del ser del sujeto, mientras que las ceremonias son actos conmemorativos que no contienen ninguna expectativa de cambio, o si la contienen es en forma desactivada, teatral.

para situar nuestro estar-en-el-mundo y para ubicar los pies en un suelo lo más sólido y fértil posible. En definitiva, para resituarnos en un pensamiento útil, y con ello no me refiero a una simple técnica aplicada. Como han dejado claramente verificado los trabajos de epistemología y filosofía de la ciencia (de forma magistral por parte de Thomas S. Khun y Karl Raimund Popper), se puede afirmar que la ciencia es una forma de construir el mundo, de acotarlo y pensarlo, de ampliar los límites de cierta realidad, de reconocerla y reflexionar sobre ella, de situarnos en el cosmos. Para ello hay que estar muy cerca de esto que denominamos con el vocablo tan traidor de “realidad”, cualquiera que sea la dimensión a la que nos refiramos: endógena o exógena, emocional o mecánica, física o química, sutil o burda. En general, el academicismo de hoy suele estar lejos de cualquier realidad que no sea el propio mundo académico, siendo urgente recuperar la proximidad a lo vital.

Así que empecemos por algo siempre útil como es fijar ciertos términos de referencia ². Para que se pueda desarrollar la dimensión biológica del ser humano es imprescindible que vaya acompañada de estructuras culturales. Se puede, incluso, ser pájaro sin tener pico pero no se puede ser humano sin una cultura.

Por un lado, las formas específicas que adquiere cada cultura (símbolos, creencias y ritos, técnicas de subsistencia, sistemas parentales, valores estéticos, factores psicológicos...) son delimitadas por la dimensión biológica pero, a su vez, son estructuras dinámicas que trascienden el mero desarrollo biológico, dando sentido y orientación a la existencia. Todo ser humano necesita que sus actos tengan algún sentido, necesita creer que entiende la finalidad de su existencia, y esto le viene dado por la cultura. El desarrollo biológico es troquelado por cada cultura. Así por ejemplo, la cultura indica con quién debe una persona casarse y con quién no, influenciando con ello incluso el desarrollo de la especie; fija qué debe comer una persona y cómo; qué enfermedades “puede tener” y qué valores guiarán cada acción vital del individuo y de su colectivo. Somos seres indisolublemente bioculturales. En nosotros, la biología y la cultura se engarzan mutuamente sin que haya una fisura a partir de la que establecer una división clara. La moderna psiconeuroinmunología, según terminología del famoso libro de Adler, y el estudio transdisciplinar de las emociones son dos buenas muestras de ello.

Todo ser humano nace siendo un enorme saco de capacidades biológicas, psicológicas, sociales y espirituales... por desarrollar. Durante su periodo de vida infantil y púber, como mínimo, su esfuerzo biográfico se centra en desplegar algunos de tales potenciales innatos para llegar a ser *humano*. No puede existir un ser humano sin un idioma y un sistema de valores, sin una pauta simbólica para relacionarse con los demás. En definitiva, insisto, sin una cultura. La cultura dentro de cuyo marco se desarrolla cada individuo es la red que acaba de convertirlo en ser humano, sin ella no pasaría de ser un ente vegetativo cuya desaparición temprana está garantizada. De ahí que algunos paleontólogos, como R.D. Martin, aseguren que el embarazo humano dura veintidós meses, que no puede afirmarse que el bebé está completo hasta pasado este tiempo. Nueve meses de gestación dentro del útero materno y doce más en el exterior.

Hay dos hechos que sostienen esta afirmación: a) la bipedestación que hace unos cuatro millones de años adoptaron nuestros antepasados estrechó el canal del parto, la pelvis de las hembras humanas; b) el aumento de tamaño del cerebro humano que en un millón y medio de años se ha cuadruplicado hasta alcanzar los 1.550 cm³ medios actuales. Por esta razón, para que el neonato pueda pasar por la pelvis de la madre, ha de nacer antes de lo que le tocaría, lo que significa nacer con un cerebro subdesarrollado y un cráneo sin endurecer que necesitarán casi doce meses más para madurar, lo mismo que su sistema nervioso central para acabar de desarrollarse. Y ello para poderse incorporar o simplemente caminar.

² Para un texto bello y de gran interés al respecto remito al lector a la obra de Norbert Elias, 2000, *Teoría del símbolo. Un ensayo de antropología cultural*, ed. Península, Barcelona.

Luego vendrá el desarrollo propiamente humano, el cultural, empezando por la adquisición de una lengua y por el estilo cognitivo o forma de disponer el mundo tal y como es construido por la lengua materna. De ahí que cada cultura a través de la forma de ser-madre que tiene cada mujer, del entorno que despliega a su alrededor, de los estímulos escogidos, de los órdenes horarios y demás elementos, empieza a influir sobre cada ser humano desde antes que éste tenga sus capacidades naturales básicas desarrolladas. Cultura y biología son inextricables en nosotros y este hecho nos da una incomparable capacidad adaptativa.

La contraparte a este inaudito dinamismo adaptativo consiste en que cada persona, individualmente y por sí misma, debe adquirir las habilidades necesarias para su existencia (habilidades que en el resto de animales vienen dadas por su carga genética). Cada cultura selecciona, de entre los innumerables potenciales por desarrollar con que nacemos, aquellos más adecuados para el sujeto y sitúa a la persona ante lo que debe aprender para sobrevivir. El sujeto podrá escoger su propio desarrollo pero sólo a partir de un determinado nivel de evolución personal. De entrada, se le dará un idioma –no lo escogerá– y se le condicionará para soportar hambre y fatiga conteniendo las emociones que podrían comprometer el éxito en la cacería o en las vendettas, entre los pueblos cazadores; o bien se le forzará a desarrollar una importante capacidad de quietud física y abstracción ante un ordenador, como en Occidente; o se le entrenará para ser capaz de distinguir la identidad de una persona a mucha distancia, como entre los habitantes del desierto. Más tarde, será el propio individuo quien, hasta cierto punto, acabará de seleccionar aquellos fines y métodos que constituirán el resto de su proceso de maduración como *ser humano*. Tal vez se someterá voluntariamente a procesos iniciáticos de carácter chamánico, cursará estudios universitarios, buscará entrar en grupos especiales de mujeres o de guerreros, o aprenderá nuevos idiomas y, con ello, descubrirá otras formas de construir el mundo. Esto supone que cada ser humano, para sobrevivir, debe aprender de nuevo todo lo que el resto de animales reciben casi completamente por medio su carga genética ³.

Por otro lado, esta adquisición también supone que si una persona no recibe una iniciación en algún sistema coherente de valores y de habilidades puede –y suele– sentirse perdida, puede llevar una vida errática, sufrir dificultades para comunicarse, para organizar las metas de su existencia y finalmente acabe desarrollando trastornos de origen psicossomático, degenerativos o de otro tipo. Un vaca junto a otros bovinos y en su medio natural nunca se sentirá perdida ni incomunicada. No existen vacas anómicas pero sí existen personas y sociedades humanas anómicas, donde los fines propuestos para dar sentido a la existencia y los medios para conseguirlo no encajan coherentemente.

I.2.

Experiencias: herramientas para el desarrollo

³ En los últimos años se ha verificado por parte de la biología de vanguardia que también los animales superiores tienen cierto nivel de cultura. Se ha observado que orangutanes y chimpancés en libertad de diferentes grupos clánicos realizan la misma función de diferente forma o ayudados por diferentes herramientas simples. Este hecho implica, sin duda, una transmisión de conocimientos y unas modas en la acción. No obstante, un chimpancé puede sobrevivir sin tales conocimientos adquiridos pero un ser humano no.

Para desplegar, formalizar y orientar nuestras capacidades biológicas de diseño abierto hacen falta *experiencias*, además de los nutrientes que ingerimos y del aire que respiramos ⁴. Las experiencias son el combustible que desarrolla ciertos potenciales innatos y los hace operativos. O, por el contrario, bloquea su despliegue. Cada experiencia que acaece en la vida de una persona es un evento que va troquelando su mundo interno, sea de una forma contundente o a un ritmo lento. No obstante, en tanto que suceso externo, la experiencia es codificada por el individuo e interpretada por su orden sistémico interno previo, respondiendo con alguna acción o inhibición que a su vez modifica el entorno. Es decir, la experiencia física en sí misma supone relativamente poco para el sujeto. Todo depende de cómo el individuo la codifique, concluya y dé una respuesta a ello. Todo depende del sentido que el sujeto dé a la experiencia. Como afirma el sufismo, toda situación concreta en la vida de una persona puede ser experimentada por ella como paraíso o como infierno, todo depende de su percepción. Sin ir más lejos, la salvaje colonización de las Américas nos ha dado innumerables ilustraciones de este principio (aparecen abundantes descripciones de ello, por ejemplo, en TAUSSIG, 2002;105 y ss. ⁵).

La pregunta obvia que sigue a las anteriores afirmaciones es ¿Cómo se lleva a cabo el condicionamiento de cada individuo para que perciba una experiencia dada como feliz acontecer o bien como experiencia desgraciada? La respuesta es casi obvia, por medio de las experiencias anteriores que han creado y consolidado los términos de referencia y las asociaciones internas que usará el sujeto para decodificar la experiencia posterior. En ciertas escuelas de psicología se habla del guión de vida que cada uno desarrolla en su más tierna infancia y que determinará los siguientes pasos de su existencia.

Las diversas sociedades clásicas sabían y reconocían que ciertas experiencias son más profundas que otras, tanto a nivel grupal como individual. Que algunos sucesos abren un surco que será seguido por otras experiencias a las que servirá de patrón, modelo o cauce. En neuropsicología se conoce con el término de engrama a estos acontecimientos que abren *camino neuronales*. Por ello, éstas son las experiencias más importantes de la vida ya que dan identidad al individuo, le abren un cierto nivel de consciencia, le condicionan para vivir en un mundo delimitado por estas propias experiencias, y le determinan sus derechos y deberes, así como su espacio social y vital ⁶. Dada su enorme importancia en el proceso de desarrollo de los individuos, estas experiencias engramadoras o activadoras de estructuras solían vivirse dentro de marcos especiales, culturalmente construidos para tal fin. Se trata de los espacios y los tiempos culturales más cuidados y sagrados que tiene cada sociedad, lo que hasta la actualidad se han denominado ritos ⁷.

Una forma dinámica de entender los ritos es en tanto que experiencias complejas que la sociedad va disponiendo a lo largo de la existencia de las personas para ayudarlas a formalizar su

⁴ Siempre me resulta sorprendente la descomunal ceguera que existe entorno de la importancia del aire como alimento esencial para la existencia humana. Podemos vivir días sin agua, muchos más aun sin ingerir alimentos, pero no podemos sobrevivir ni tan solo diez minutos sin inhalar aire. En cambio, el mundo actual centra su interés, que a menudo raya lo patológico, en los alimentos sólidos y líquidos, pero casi ni se habla del aire. ¿Será simplemente que porque aun no se puede comercializar y convertir en objeto de consumo?

⁵ Michael TAUSSIG, 2002, *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje*, Ed. Norma, Colombia.

⁶ En alemán existe el término *umwelt*. Está compuesto por la partícula *um*, que significa “alrededor de”, y por el sufijo *welt*, que significa “universo”, “mundo”. *Umwelt* se puede entender como aquello que cada ser vivo genera en su entorno, o la manera específica de modificar su entorno, para poderlo convertir en un mundo habitable por él. Cada especie de ave nace con un patrón de vida impreso en sus genes que le empuja a modificar el mundo de acuerdo a su *umwelt*. Los seres humanos construimos nuestro *umwelt* por medio de las experiencias que, a la vez, determinan nuestras acciones sobre el entorno.

⁷ Una importante obra de recopilación al respecto es el libro de Roy A. Rappaport *Ritual y religión en la formación de la humanidad*, Cambridge University Press, 2001.

desarrollo en un sentido, contenidos, velocidad, medios y símbolos determinados por el marco cultural concreto en que se desarrolla el individuo. Incluso para estimularlo. Los ritos ubican las personas en el mundo, delimitan y revitalizan su espacio existencial. Los ritos enseñan y lo hacen en el sentido profundo de *comprender*, no solo de *entender*, los derechos y deberes que tienen las personas en un momento, lugar y cultura determinados. Es decir, construyen su identidad en el ámbito subjetivo y en el social. Los ritos iniciáticos sitúan el sujeto en el mundo y lo hacen humano. En otras palabras, cada forma ritual es un marco que sostiene las transformaciones que acaecen a lo largo de la existencia de un individuo y de una colectividad, les da una orientación y los coloca en un continuum temporal con sentido. No hay rito sin cambio, se trate de ritos de nacimiento o de admisión a un grupo, de ritos de cohesión social, propiciatorios, adivinatorios, fúnebres u otros.

Los ritos, como ya indicó el folclorista clásico Arnold van Gennep, son tripartitos:

- a) en primer lugar, obligan a observar un periodo de alejamiento del mundo social que ha envuelto al sujeto hasta el momento del rito, lo que van Gennep denominó desagregación de la identidad (mundo subjetivo) y de los roles (dimensión externa de la identidad) que configuran la vida del sujeto hasta el momento de entrar en el espacio y periodo ritual;
- b) a continuación, los ritos implican un periodo de liminaridad, de estar al margen de todo valor social profano u ordinario. En esta parte del rito es frecuente el uso de psicotropos, de técnicas catárticas, de experiencias de posesión y demás formas de salir del estado de consciencia cotidiano –hay abundante material etnográfico sobre ello–;
- c) en tercer lugar, todo rito implica un proceso de reintegración, o de reagregación en términos de van Gennep, al mundo social normal pero luciendo una identidad y unos roles diferentes a los que delimitaban la existencia del individuo hasta el momento previo al rito. Se ha dado la transformación.

La diferencia que existe entre un rito y una ceremonia –y a menudo se confunden ambas realidades incluso entre especialistas– es que el rito es una iniciación a una nueva realidad social y personal superior. Por tanto, debe implicar alguna transformación. Las ceremonias, en cambio, son celebraciones de algún evento y no implican cambio de ningún tipo. La función de las ceremonias y de los ritos es distinta, aunque haya ceremonias que son la supervivencia desactivada de algún antiguo rito y mantienen una estructura similar a la del rito, como por ejemplo la Misa católica. La confusión entre rito y ceremonia a menudo está causada por este hecho. Aunque puedan mantener la forma externa del ritual, incluso con palabras o actos similares, las ceremonias están completamente desactivadas de todo poder transformador. Ante la duda, se puede recurrir a la búsqueda de estados modificados de consciencia: si los hay es casi seguro que se trate de un rito, si no los hay probablemente se trate de una ceremonia (aunque ello no implica que toda experiencia de estados modificados de consciencia se dé forzosamente en un contexto ritual y de transformación).

Esta búsqueda ritual, que en la mayor parte de sociedades no occidentales alcanza un techo de altura insospechada en nuestras culturas, podría situarse, en cierta forma, paralela a la búsqueda de sensaciones. Hay personas en todo el mundo que se afanan en buscar sensaciones. En Occidente vemos como algunos de estos colectivos buscan sensaciones en los parques de atracciones o en el cine, y de hecho es lo que sirven en tales instalaciones, sensaciones inhabituales. Otros colectivos buscan las sensaciones en las drogas o en grupos violentos. Esta necesidad de tener *sensaciones nuevas* parece también formar parte del acervo humano y, como siempre, aparece más clara y persistente en unos individuos y en algunos grupos que en otros. Es curioso –y significativo!– que en la psicología más conservadora, la búsqueda de sensaciones tiene una mala imagen a pesar de tratarse de un comportamiento universal. Parece que, en sí mismo, sea un rasgo de ansiedad

neurótica, de insatisfacción inconsciente y hasta de “pecado”, si algún psicólogo osara utilizar este vocablo en voz alta. No obstante, es algo universal y uno de los rasgos de personalidad que están siendo estudiados con más intensidad⁸. Los tests de personalidad muestran que un índice significativo de consumidores de psicotropos de todo tipo –desde opiáceos hasta metanfetaminas– puntúan alto en la variable búsqueda de sensaciones. Y también puntúan alto en la variable de autotrascendencia, medida según el test TCI-R de Cloninger. Esto suele interpretarse por algunos psicólogos en el sentido de que los consumidores de psicotropos son *simples buscadores de sensaciones* y que la autotrascendencia está ligada a esta anomalía. Pero tal dato puede ser interpretado de una forma muy diferente en defensa de la hipótesis de definiendo aquí. Los consumidores compulsivos de drogas buscan una experiencia de muerte y regeneración, y que el rasgo conductual de búsqueda de sensaciones está más relacionado con el desarrollo, como los ritos, que con el placer vacío e inmovilizante. Recientemente se ha publicado un artículo (WANG, DING, *et al.*, 2004:931-944) en el que se asocia el rasgo de conducta de búsqueda de sensaciones a un cierto paquete genético y se propone que quizás nuestros antepasados con este rasgo más marcado fueron los que se dedicaron con más ahínco a explorar nuevos horizontes ecológicos, permitiendo que la especie colonizara nuevos hábitats y asegurando así la supervivencia. Estas tendencias genéticas, hoy en día carecen de una expresión cultural clara y aceptada, por ello podríamos proponer la hipótesis que se asocian a conductas de riesgo. Es decir, que las personas actuales que se arriesgan a explorar nuevas sensaciones y a someterse a procesos de muerte y regeneración no deben ser vistos como intrínsecamente individuos anómalos o enfermos, sino como individuos predispuestos genéticamente a ir más allá, a explorar nuevas sensaciones y deben actuar en ellos mismos, con más intensidad que otros, el arquetipo correspondiente, en este caso el del camino y el de la muerte-renacimiento.

I.3. Una iniciación actual

En la actualidad existe un largo y complejo rito iniciático de gran importancia en algunas regiones del mundo. Entre los 16 y 18 años los jóvenes, chicos y chicas de estas regiones culturales de planeta, se alejan de sus familias con el propósito de iniciar este proceso de transformación. Los jóvenes renuncian a conseguir bienes materiales y comodidades de forma inmediata, a pesar de estar en condiciones de obtenerlos. Deciden entregarse a la iniciación que, como mínimo, durará cuatro largos e intensos años aunque, a menudo, se les retiene hasta seis años o más en el claustro o espacio iniciático. Los requisitos para acceder a este espacio de reclusión son largos y costosos. Los jóvenes deben haber mostrado una cierta integridad intelectual y humana durante sus años de pubertad. Se les exige una donación que, a menudo, equivale a lo que sus padres consiguen almacenar durante meses de intensa actividad.

Llegado el día, los neófitos deben mantenerse en rigurosa hilera durante horas ante los ayudantes de la máxima autoridad ritual. Estos auxiliares valorarán y aceptarán o no cada empeño para ingresar al periodo y espacio iniciáticos. Muchos jóvenes son rechazados a pesar de su intento, lo cual les resulta familiar y socialmente humillante. Una vez iniciado el proceso, los neófitos pasan largos meses encerrados en espacios sin sol que, con frecuencia, se construyen alejados de los poblados. Deben aprender nuevos términos de referencia y nuevas habilidades para construir el mundo. Hay varios adultos encargados de regir el proceso iniciático de cada grupo de neófitos, y las

⁸ Esta información proviene de una comunicación personal del psicólogo investigador, José Carlos Bouso, al autor.

relaciones entre unos y otros están rígidamente reguladas. Solo suelen dirigirse la palabra en los espacios y tiempos iniciáticos. Si los jóvenes no responden a las exigencias y expectativas que la iniciación impone, o no aprenden las habilidades necesarias, los adultos regentes pueden aplicarles severos castigos que tendrán secuelas vitalicias. Por ejemplo, la cruel sanción a menudo implica alargar durante años su estadía en el claustro iniciático. Por lo general, la alimentación durante todo el periodo suele ser justa, llegando a veces a la escasez. Como parte del proceso se suelen pasar noches enteras sin dormir, grandes tensiones psíquicas y se producen otras manifestaciones psicosomáticas propias del estrés cuando llega al límite.

Una vez acabado el largo rito de muerte y regeneración, y si el neófito ha triunfado en todas las pruebas, sale del espacio liminar o iniciático muy satisfecho y con una identidad distinta a la que tenía al entrar. Se suele organizar una gran fiesta o un largo viaje del grupo de edad, y la sociedad reconoce el éxito de cada joven, ahora ya adulto, dándole un vistoso elemento de gran valor simbólico que el joven adulto expondrá en su espacio doméstico para que esté a la vista de las visitas que vaya a recibir a partir de aquel momento. ¡Finalmente ha ascendido de estatus!.

La descripción del anterior proceso corresponde... a los años dedicados a los estudios universitarios en Occidente. En especial, si se trata de universidades de alto nivel y prestigio académico donde el elemento simbólico, el título, tiene un fuerte reconocimiento social. Es un proceso de muerte y renacimiento a pesar de que falta un elemento clave para que sea un real rito de iniciación: me refiero a la experiencia extática, a la experiencia de disolución y muerte. De ahí que, de forma espontánea e inconsciente, haya tantos estudiantes que busquen durante estos años de iniciación satisfacer la carencia arquetípica acudiendo al consumo de drogas, en los deportes de riesgo y en otras actividades con equivalente valor iniciático.

Se entra a la universidad al acabar la adolescencia (entre los 16 y 18 años) y se sale siendo ya un adulto joven (22 a 25 años), con un espacio profesional y una identidad adulta labrados en estos años. Ha habido la muerte del adolescente y el nacimiento del adulto. Entre otras muchas cosas que acaecen debido a las exigencias la carrera universitaria, cabe mencionar: i) a menudo se abandona el hogar paterno, ii) con frecuencia se tienen las primeras experiencias con drogas, iii) y las primeras relaciones sexuales, iv) se descubre lo que significa pertenecer a un grupo de edad con poder decisorio y cierta fuerza social, v) se experimenta el estado de alteridad inherente al "ser universitario", vi) se realizan importantes sacrificios (en especial por parte de los estratos socioeconómicos menos afortunados) y, en definitiva, vii) se entra en este recorrido siendo *una persona* y se sale *siendo otra persona*. Como afirma J. Braudillard⁹ en referencia al proceso casi universal de la iniciación, el niño no iniciado sólo ha nacido biológicamente. Para convertirse en un ser social debe pasar por un acontecimiento simbólico que sea una muerte y renacimiento iniciáticos. Ahí es donde el individuo adquiere su identidad individual y grupal, y los roles que, en muchos aspectos, son el correlato externo de la identidad.

A pesar de la poca disposición simbólica y de la poca consciencia que hay de ello, tanto por parte de estudiantes como del profesorado y menos aun por parte de las autoridades académicas, el periodo universitario es el proceso iniciático más consensuado y generalizado que existe en nuestras sociedades. A pesar de no haber consciencia (más adelante me extiendo en el análisis de este hecho), constituye un auténtico periodo ritual aunque mal organizado, deshilachado, existencialmente poco fecundo en relación con lo que podría ser, y poco transformador de los aspectos emocionales y espirituales del sujeto. Incluso es un periodo incómodo a pesar del atractivo arquetípico que alimenta. Es algo sabido que la mayoría de estudiantes frecuentan las aulas con pocas ganas, que lo que más atrae de la vida universitaria es justamente lo que sucede fuera de los espacios formales, fuera de las aulas: las relaciones con otros estudiantes, la formación ideológica,

⁹ BRAUDILLARD, J., 1993, *El intercambio simbólico y la muerte*, Monte Ávila, Caracas, pág. 152.

los grupos informales de actividad artística, religiosa, de desarrollo humano, las protestas contra la autoridad institucional, el sexo y los espacios y tiempos de inversión.

Un significativo índice de universitarios actuales saben que tienen pocas posibilidades futuras de trabajar dentro del campo profesional para el que presuntamente se preparan. En especial, carreras sociales y humanísticas tales como filología, derecho, antropología, arqueología, historia del arte, filosofía, lingüística, sociología, musicología, etcétera tienen poca esperanza de futura profesionalización¹⁰. Así pues y dada esta situación, el sentido común empuja a plantearse una pregunta clave ¿Para qué estudian los jóvenes? ¿Para qué dedican cuatro, cinco o seis años de su vida, tal vez los más entusiásticos, a seguir unos “estudios profesionales” para los que hay tan poca salida profesional? La respuesta hay que buscarla en una dirección distinta a la laboral: porque sienten el impulso arquetípico de proseguir su desarrollo como seres humanos hacia la adultez, y el mejor espacio iniciático actual es el universitario... a pesar de todo. Más adelante me extiendo en esta necesidad de iniciación.

I.4.

Intereses humanos universales

Por un lado, nacemos como seres biológicos de diseño ampliamente abierto. En segundo lugar, este cúmulo de potenciales se va desplegando gracias a las *experiencias activadoras de estructuras* por las que atraviesa cada persona y cada grupo. En tercer lugar, el periodo iniciático más extendido y aceptado en Occidente son los estudios universitarios, a pesar de que no haya consciencia de esta función que realizan los programas universitarios. La universidad cumple parcialmente con el papel de satisfacer la necesidad arquetípica de la iniciación, de la muerte y regeneración, satisfacción que también ofrecen algunos grupos violentos, sectarios, los grupos de consumidores de psicotropos y otros colectivos minoritarios. Aunque ni la una ni los otros incluyen elementos centrales para el desarrollo de lo que podríamos denominar potenciales humanos profundos, como la experiencia catártica elaborada o la búsqueda de pequeños procesos de muerte-regeneración por falta de consciencia sobre esta función.

Apuntado lo anterior, cabe ahora centrarse en otra dirección complementaria. Dirijamos la atención hacia algunos intereses o factores universales del ser humano. Se trata de realidades transculturales cuyo desarrollo conforma la vida de cada persona y que constituyen los “espacios existenciales” donde se ocurren las experiencias activadoras de estructuras.

¹⁰ Para mencionar cifras concretas: en un estudio realizado por la Universitat Autònoma de Barcelona con datos del año 2004, aparecen porcentajes significativos en relación a la poca importancia de la formación universitaria para la vida profesional futura de los licenciados. A continuación menciono algunas carreras universitarias y el índice de licenciados a los que se pidió la titulación específica de la licenciatura para acceder a la colocación laboral actual. Esto significa que, en el presente estudio *no aparecen datos de los licenciados que no tienen ocupación laboral, que son la mayoría*. Antropología (sólo al 33,3% de los licenciados con ocupación laboral se les pidió el título específico de lo que habían estudiado), Historia (27,6%), Filosofía (6,3%), Humanidades (26,7%), Literatura (16,7%), Filología Hispánica (39,1%), Traducción e interpretación (28,2%), Ciencias Políticas (27,9%), Sociología (45,2%), Comunicación audiovisual (36,7%), Psicología (42,5%), Pedagogía (40,4%), Biología (41,8%), Estadística (38,9%), Ciencia y tecnología de los alimentos (50%). Si observamos los datos en referencia a carreras técnicas, en las que se suele suponer que los estudiantes trabajarán en su especialización tras las universidades, vemos que el índice aumenta respecto de las carreras humanistas y sociales, pero también se halla lejos de la plena ocupación. Veterinaria (al 88,3% de los licenciados con ocupación laboral se les pidió el título específico de lo que habían estudiado), Ingeniería informática (69,4%), Ingeniería Electrónica (57,1%), Química (72,2%), Derecho (64%) o Economía (70,3%). Repito que estos datos se refieren a los licenciados con ocupación laboral tras haber acabado la carrera universitaria. No hay datos sobre los licenciados en el paro laboral.

No se trata aquí de los potenciales susceptibles de ser desarrollados por cada cultura, a los que me refiero en las líneas anteriores (capacidades físicas, cognitivas, emocionales, sociales y demás), sino que ahora me refiero a factores que podrían concebirse como *contenidos de forma abierta*, patrones arquetípicos que ineludiblemente deben adquirir una forma u otra para manifestarse, y han de manifestarse para que el ser humano pueda vivir. Así, cada cultura es la estructura sistémica que actúa de molde para dar una forma concreta a estos elementos constituyentes.

Para modelar y dar sentido a tales factores humanos básicos, cada sociedad desarrolla sus caminos rituales (o carece de ellos y entonces se generan comportamientos anómalos). Los ritos, insisto, son experiencias activadoras de estructuras organizadas por la cultura y refrendadas por la comunidad para propulsar y conducir la realización del individuo hasta su fase madura y hasta el óbito. Los ritos dan una identidad al sujeto (y a la comunidad), le muestran unos fines existenciales válidos y unos medios útiles para llegar a ellos. De ahí que los ritos deben implicar las dimensiones emocional, corporal, cognitiva, espiritual y social de los iniciados, y deben centrarse en la transformación ordenada de tales factores fundamentales de la vida humana.

Cuando una sociedad dada no organiza la satisfacción ordenada a tales necesidades, las personas buscan caminos para ello con el riesgo que comporta el constante “experimento individual” sin disponer de una tradición fiable que indique caminos de acción. La carencia de ritos de muerte y regeneración en nuestras sociedades actuales son un ejemplo de ello. La necesidad arquetípica que hay debajo, relacionada con el impulso de individuación, busca satisfacerse por medio del consumo compulsivo de algunas drogas, afiliación a grupos violentos, deportes de alto riesgo y demás. Pero no hay consciencia de tal necesidad subyacente, por lo que pocas veces resultan actividades satisfactorias.

A continuación detallaré algunos ejemplos de tales ámbitos existenciales de estructura abierta y libre conformación, componentes del ser humano cuya formalización constituye el trabajo que debe realizar cada persona durante su vida para *ser-humano*. Para llevar esta tarea a cabo, cada sujeto es orientado (insisto, o no lo es y sufre la carencia) por los ritos que su cultura le ofrece.

Si una cultura no ofrece los ritos necesarios para desarrollar el proceso arquetípico de la iniciación, los individuos pueden girar su mirada hacia otras culturas buscando la manera de satisfacer esta necesidad, por alejadas que sean las formas simbólicas e incomprensibles en su sentido. La asiaticización del pensamiento occidental de los años 1960 a 1990, con la búsqueda de maestros de meditación, zen, yoga y demás técnicas orientales, y la chamanización de Occidente a partir de los años 1990, con la fantasía que despiertan los ritos exóticos amazónicos, el consumo de plantas visionarias y demás parafernalia ritual de importación son ejemplos de ello. Nuestro edificio espiritual se derrumbó definitivamente a inicios del siglo XX y las personas buscan cómo dar sentido y forma a tales ámbitos existenciales.

Alguno de estos elementos o realidades constituyentes del ser humano, además de la fundamental organización del tiempo y del espacio, son:

- el nacimiento,
- la imprescindible adquisición de un lenguaje codificado,
- el amor (entendido como “reconocimiento”: amar es una forma de relación basada en reconocer al otro/a),
- la consciencia de la muerte,
- las siete emociones básicas y su socialización,
- el cuerpo y las diversas funciones corporales,
- la relación con los padres y la generación de ancestros en general,
- la relación con los hermanos y personas de la misma generación,
- la relación con los hijos y descendientes en general,

- la relación con el entorno,
- la sexualidad,
- la construcción y mantenimiento de límites personales y de una identidad o conjunto de ellas,
- la necesidad de una integración psíquica,
- la continuidad del yo o pervivencia de la existencia.

Para dar forma a cada uno de estos factores, la humanidad ha desarrollado sistemas simbólicos y experiencias especialmente diseñadas –los rituales– que están a caballo de la dimensión individual y de la colectiva. Tales experiencias son el punto clave donde se une lo social y lo individual, lo cultural y lo biológico, lo psíquico y lo somático, los signos y los símbolos, la consciencia y el inconsciente. Se trata de lo que denomino experiencias activadoras de estructuras, y de ahí su primordial importancia.

Tal y como se menciona en líneas anteriores, en lugar de hablar de ritos es hoy más correcto pensar en términos sistémicos, abiertos y dinámicos. Es decir, en *Experiencias Activadoras de Estructuras* internas (cuyo acrónimo es el neologismo Exaces). Las Exaces son las experiencias que troquelan la forma de estar-en-el-mundo y de sentir-el-mundo de cada persona y de cada colectivo, dándoles con ello una identidad propia y única.

¿Qué es lo más importante que le ha sucedido a usted después de nacer? La respuesta a esta pregunta se refiere casi siempre a alguna experiencia que ha activado estructuras internas de carácter emocional, cognitivo, social o espiritual. Se trata de alguna experiencia que ha forjado y fijado los engramas por los que, a partir de aquel momento, circulará la información sensorial, mnemotécnica, emocional y conductual que se refiera al mismo ámbito de la Exaces. Por ejemplo, para casi todas las mujeres, lo más importante después de nacer suele ser su propia maternidad, la experiencia activadora de estructuras por excelencia. Para los hombres de sociedades tradicionales, suele ser algún rito iniciático: entre los shuar ancianos, de la alta Amazonía ecuatoriana, la respuesta ha sido invariablemente el ritual de la búsqueda del Arútam ¹¹, celebrado durante los primeros años de la adolescencia para tratar de obtener el poder que les ayudará a realizarse en su vida adulta. Entre los hombres occidentales la respuesta varía en gran medida, lo cual es indicio de los problemas de socialización y de identidad que conocemos.

Si nos referimos, por ejemplo, a estos pueblos chamánicos y animistas de la Amazonía, observamos que se trata de colectivos humanos cuyas Exaces, o ritos iniciáticos activadores de estructuras, han fijado dentro suyo formas de sentir, pensar y actuar distintas de las que definen la forma de ser, el *ethos* y el *eidós*, en nuestras sociedades de orientación lógico-racional. Si observamos con mayor detalle, descubrimos también que la forma de dar satisfacción a los factores universales antes mencionados diverge entre nuestro mundo y la que se descubre en aquellos antaño distantes mundos culturales. La diferente enculturación producida por las Exaces de cada pueblo no se ve pero *está ahí*. Las diferentes Exaces son el elemento que convierte estos pueblos exóticos en humanos de orientación cognitiva predominantemente chamánica y animista, y a nosotros en humanos predominantemente consumidores lógico-rationales.

I.5. La Exaces definitiva

¹¹ Para más detalle de este rito iniciático, basado en las visiones que produce el potente alucinógeno vegetal *Brugmansia s.p.*, pueden consultarse otros textos del autor: *Los jíbaros, cazadores de sueños* (Barcelona 1994), y el artículo sobre el tema que aparece en Fericgla, 2003.

Para llenar la vida de sentido se debe, entre otras condiciones, experimentar la muerte en su potencial totalidad. Esto es lo que sucede –usando el presente etnográfico– en los ritos iniciáticos de culturas tradicionales. Los individuos, a lo largo de su existencia, pasan por una o varias experiencias de locura o de cuasi muerte durante los episodios rituales que van jalando su existencia. Los ritos iniciáticos se denominan así porque son el inicio de una nueva forma de existencia, de una nueva identidad, y para que se instale algo nuevo en un espacio antes debe vaciarse, debe morir lo antiguo. En este sentido, los ritos tradicionales de transformación suelen incluir una experiencia de muerte social y psicológica a la realidad actual, lo cual se consigue por medio de recursos catárticos y extatogénicos.

Las técnicas para inducir controladamente tales estados catárticos o de profunda disociación son diversas y conocidas desde los albores de la humanidad. Para citar algunas, cogidas al vuelo, se puede mencionar el consumo de potentes psicotropos (entre diversos grupos indígenas norte y sudamericanos se consume peyote, yagé, brugmansias o sanpedro, o los africanos seguidores del culto búi consumidores de iboga). También se alcanzan tales estados de consciencia disociada por medio de largas deprivaciones sensoriales (en el budismo zen, los anacoretas del cristianismo medieval o los ascetas hindúes), por medio del control específico de la respiración (respiraciones kapalabhati dentro del Pranayama, la técnica de respiración holorénica o en la oración Zikr de ciertas tradiciones sufis). Así mismo, también se alcanzan estados modificados de consciencia por medio de técnicas musicales, como por ejemplo la música y la danza catárticas de los gnawa marroquíes, los bailes de posesión en diversos ritos del África subsahariana o la danza extática de los giróvagos. El fin parece ser siempre el mismo o equivalente: tener una experiencia consciente de la propia muerte, de fusión con lo indescriptible, de pérdida temporal de límites egoicos, la búsqueda de este espacio de los dioses donde imágenes, conceptos, cuerpo y psique se funden y donde el tiempo desaparece, todo ello como acicate para percibir y experimentar el presente con más intensidad, amplitud y presencia. Hay que entender esta búsqueda ritual de una cierta muerte como camino para trascender y superar el miedo al óbito, principal freno al desarrollo de las capacidades humanas.

Como se ha podido evaluar en diversos contextos (ver en FERICGLA, 2004), tras una experiencia de muerte correctamente dirigida se observa un incremento de consciencia del propio Ser, se desvelan sentidos más profundos y trascendentes de la vida humana, aumenta la consciencia del ahora y aquí –a fin de cuentas, la única realidad empírica–, se consigue ordenar los fines vitales con mayor claridad y firmeza, aumenta la autoestima y se gana en paz y serenidad personales. Al experimentar la muerte parece que el sujeto deviene *más humano* y suele cambiar el rumbo anterior de su vida, incluso de forma espontánea. De ahí que los ritos iniciáticos, rituales de paso y demás formas culturalmente instituidas para enmarcar y dar sentido a los cambios suelen contener en su núcleo una experiencia de la muerte. Y uso la palabra experiencia en su total profundidad existencial: no hablo de reflexión, lecturas, ideación, imagen ni *de emoción de*. Una experiencia transformadora debe afectar al individuo en todas las dimensiones del ser: física, emocional, social, cognitiva y espiritual.

En este sentido, todo rito real es un marco prefigurado que activa y conduce alguna transformación, empujando a los individuos a deshacerse de los valores anteriores con el fin de dejar espacio para los nuevos engramas e identidad. Los ejemplos son innumerables. Desde el rito de paso más simple, pragmático y profano (por ejemplo, salir de un país para entrar en otro exige cambiar de idioma, de monedas, de costumbres horarias y dietéticas, de regulación legal y demás, y todo ello se concreta en el acto ritual de sellar el pasaporte en la aduana), hasta los ritos más complejos y sagrados (como podría ser el cambio de un estado laico a uno sacerdotal, transformación que exige largos años de preparación e implica incluso acogerse a unos derechos y deberes sociales distintos, a una legislación especial). Este tipo de experiencias rituales deben ser denominadas Experiencias

Activadoras de Estructuras internas, alejándolas así de la ya larga discusión sobre la naturaleza de los ritos. Las ceremonias, celebraciones, galas y funciones no implican cambio alguno en la realidad existencial de quienes asisten a ellas. Un rito implica forzosamente el desarrollo de alguno o, con frecuencia, de varios de los potenciales que nos definen como seres humanos, las demás celebraciones no.

Por otro lado, si es un evento que bloquea el desarrollo de alguno de los potenciales del sujeto se trata de un Suceso Bloqueante. Lo que en términos psicólogos se denominaría una experiencia traumática. Por ejemplo, la violación de una adolescente puede bloquearle el desarrollo saludable y normal de su sexualidad, incluso de su genitalidad. En este sentido, la vida de cada ser humano va tomando forma, llenándose de contenidos y desarrollándose en relación directa a su transcurrir por entre *experiencias activadoras de estructuras* (Exaces) y por entre *experiencias o sucesos bloqueantes*. Activar estructuras internas –en el sentido de potenciales innatos– para que se desarrollen es un proceso indicativo de salud. La enfermedad, en cambio, es siempre una forma de bloqueo de determinadas capacidades funcionales o del desarrollo de potenciales. En este sentido, el contacto directo con la muerte puede transformarse o bien en una experiencia que active el desarrollo de estructuras internas o bien en un acto que traumatice y bloquee el sano desarrollo del sujeto.

Ante la falta actual de Exaces adecuadas para construir y orientar el proceso biográfico de una forma que no sea meramente consumista y tecnificada –es decir, ajena al propio y natural proceso biológico–, la juventud desarrolla ritos de paso temporales para edificar y diferenciar su identidad. A pesar de ello, tales ritos improvisados pocas veces se llegan a convertir en auténticas Exaces. Una vía probablemente útil para combatir la violencia juvenil actual sería diseñar experiencias activadoras de estructuras o nuevos ritos de paso adecuados, que ayuden a los jóvenes a desarrollar saludablemente sus potenciales. Una condición que deberían cumplir tales ritos sería la de transmitir a los jóvenes un sentido válido para orientar su existencia. El único sentido profundo que tiene la vida humana, además de perdurar tanto como sea posible, es el llevar la luz de la consciencia a la oscuridad del mero existir. De ahí que todo proceso iniciático debe ayudar a despertar en mayor o menor medida la consciencia sobre los límites y contenidos de la propia existencia.

I.6.

Jóvenes, modas, chamanismo, violencia y rituales

Dicho todo lo anterior, podemos iniciar el análisis del fenómeno cultural que supone el actual interés hacia los chamanismos mostrado por un porcentaje minoritario, pero significativo, de jóvenes y adultos de nuestras sociedades. Al margen de tratarse, probablemente, de una moda pasajera como todas, cabe observarlo como una tendencia relacionada con diversas carencias y características del proceso actual de socialización. Es decir, no se trata un interés a margen del resto de dinámicas socioculturales que envuelven y condicionan nuestras vidas.

No obstante, para abrir este camino analítico es necesario un breve comentario inicial sobre otro de los factores importantes que impregnan las relaciones entre una parte de los jóvenes actuales: la violencia. No me refiero a la violencia endogrupal propia de la adolescencia, ya que un cierto nivel de comportamientos violentos dentro de los grupos de adolescentes incluso parece necesario para afirmar su personalidad, identidad y espacio grupal, para experimentar y descubrir las propias capacidades físicas que se están desarrollando y todo lo demás que especifica la psicología juvenil. Me refiero aquí a la violencia que, por ejemplo, se observa en los estadios de fútbol obligando a los propietarios a convertirlos en gigantescas jaulas para proteger a los jugadores y

árbitros; a la violencia implícita en ciertas modas de vestir, de ornamentar el cuerpo y en ciertos estilos musicales definitorios de movimientos juveniles; a la violencia que aparece en las películas comerciales que proyectan en cines, videotecas y televisión, la mayoría de las cuales son excelentes modelos apologéticos de una violencia sin mayor sentido, en especial los denominados programas *reality show*, donde se exhibe la violencia de la intimidación transformada en espectáculo de poca calidad.

Los actuales abordajes sociológicos y políticos, en lugar de aclarar el fenómeno generan aun más problemas, siendo, a menudo, el propio abordaje el que ofrece modelos de nuevas conductas violentas. Así por ejemplo, durante los años de gobierno del Partido Popular en España, desde 1996 hasta 2004, con su política restrictiva casi neofascista, se pudo observar como aumentaba la violencia callejera, televisiva, simbólica, verbal y política. Las dos victorias electorales de G. Bush en los EEUU, y su política de generar miedo en la población a base de sobredimensionar el enemigo externo con sus asesinas “guerras preventivas”, han provocado también un importante aumento de la violencia interna, incluyendo las aberrantes matanzas en los colegios por parte de púberes o adolescentes alumnos de los propios centros escolares.

Ante esta situación cabe preguntarse ¿Cómo se es joven hoy y aquí, en Occidente, a principios del siglo XXI? Un joven debe reafirmarse en sus cualidades y potenciales básicos, esta es la necesidad que lo empuja al desarrollo. En la actualidad, tal desarrollo biográfico y social parece pasar por la aceptación incondicional de dos patrones conductuales generalizados: la violencia y el consumismo. Con excepciones minoritarias, no hay otros marcos de desarrollo claramente identificados que permitan situarse en las diferentes formas de ser joven. Los símbolos más visibles, además de los anuncios comerciales, son los que esgrimen las denominadas tribus urbanas, los de los grupos de tendencias ideológicas fuertes y violentas, de estilos musicales borrascosos o consumistas que se expanden junto a ciertos estilos ornamentales claramente violentos o el desarrollo precoz de las tendencias instintivas... Tales estereotipos aportan poco al desarrollo de ciertos potenciales humanos importantes como pueda ser la dimensión intelectual, la búsqueda de armonía social, la cooperación y auxilio, la espiritualidad y otras capacidades cuyo despliegue podemos aceptar que hace la existencia más agradable y deseable para el ser humano.

A la vista de este proceso de mundialización del consumismo elevado a teología, se pueden plantear otros interrogantes del tipo ¿Cómo ayudamos a “crear” a nuestros adolescentes? (la respuesta es, probablemente, por medio de la confrontación) ¿Qué significa ser adolescente hoy? En muchos casos se resume, como máximo, en pertenecer a un grupo o banda con un territorio escolar por el que hay que disputar. Este hecho, la defensa de cierto territorio vital, es natural en el desarrollo de muchas especies de mamíferos, y los humanos no somos ajenos a ello. A parte de esto, ¿quién se ocupa de los adolescentes a nivel macrosocial? La respuesta obvia es, las escuelas secundarias y, en especial, los planes oficiales contra la violencia, contra la drogadicción, contra la marginación... es decir instituciones de carácter policial o programas bloqueantes, en pocos casos de carácter positivo o estructurante. Los mismos adolescentes y jóvenes de las primeras cohortes creen que este vocablo, joven, es un término vacío.

El concepto de juventud como conjunto social con intereses diferenciales fue creado en la primera mitad del siglo XX, se desarrolló a lo largo de los sesenta con la movilización general de los jóvenes en Occidente, tuvo su clímax a finales de esta misma década, y empezó su decadencia con el tristemente famoso Mayo del 68, la Primavera de Praga en los países del Este y la desastrosa guerra de Vietnam en los EEUU. Así pues, los jóvenes actuales ya no sienten que este concepto tenga otro contenido ideológico, social, estético o religioso que el que puedan darle las corporaciones multinacionales capaces de comercializarlo todo, desde un grupo de edad hasta un sistema de creencias trascendente, y desde una estética a un nuevo artificio tecnológico. Por su lado, los

adultos de inicios del siglo XX viven un gran desencanto y alienación vital que transmiten a los jóvenes.

Un ámbito en que se puede observar este hecho con cierta claridad es en el análisis de los límites. Una Exces es, entre otras cosas, un paseo por los límites existenciales del sujeto. Una cultura es un sistema de valores y, por tanto, un sistema de límites. A. Mahtar M'Bow, antropólogo de origen africano, define la cultura como aquello que una comunidad ha creado y lo que ha llegado a ser gracias a esta creación. Es decir, el conjunto de rasgos espirituales y materiales que ha llegado a modelar su identidad y distinguirla de otras comunidades. Distinguir es delimitar. En la actualidad se observa un claro –y tal vez buscado– fracaso en la aplicación y respeto de los límites. Muchos padres confunden el mostrar amor hacia los hijos (amar es reconocer) con el regalar objetos a los hijos, y los hijos devienen anoréxicos, bulímicos o drogodependientes como mecanismo inconsciente para llamar la atención de los adultos, castigar a los padres o para autovalorarse de acuerdo a patrones externos. Anorexia, bulimia, drogodependencia son expresiones patológicas de límites corporales y psicológicos anómalamente elaborados. El mismo proceso de mundialización es un proceso de megacaotización de límites externos: en un sentido, los límites han dejado de existir (exportación casi libre de productos *made in USA* al resto del mundo), pero en sentido contrario, los mismos límites se han convertido en muros impermeables (la entrada de personas de países explotados, los *inmigrantes*, a países comunitarios europeos o a los EEUU).

Si realizamos un salto y dirigimos la atención a la psicología de los arquetipos, de gran interés para la antropología, podemos afirmar que el establecimiento de lo que vengo denominando límites existenciales (físicos, relacionales, simbólicos, sociales y demás) es una función de la pulsión inconsciente masculino, de lo que Jung denominó el *ánimus*. Las mujeres que luchan por poner y mantener límites más allá de los propios de su vida íntima, son mujeres masculinizadas (lo cual no tiene relación con la tendencia genital, los derechos sociales ni con situaciones generalizadas que, a veces, obligan a las mujeres a “disfrazarse” de hombres y viceversa). En este sentido, por ejemplo, el prototipo transcultural del héroe es el de un hombre que abre espacio nuevo en lugares desconocidos y establece ahí límites tras los cuales se refugia su propio pueblo. Tenemos la imagen del legendario *cowboy* de las películas hollywoodienses, individuo solitario que se aventura en el lejano Oeste para conquistar territorios vírgenes y establecer nuevos límites territoriales, estatales, sociales y simbólicos. Esta imagen ha sido durante más de medio siglo la imagen arquetípica de lo masculino. En otras culturas el prototipo de masculinidad es el guerrero indómito, el chamán que lucha en la oscuridad o el místico que delimita espacios espirituales.

Partiendo de este hecho, podemos afirmar que en la actualidad hay una carencia significativa del “factor masculino” –no de hombres–, en el proceso de socialización de los púberes y adolescentes, según se describe este factor en la psicología de los arquetipos. A menudo, también se sufre carencia del hombre en el marco familiar. Datos recientes sobre familias monoparentales con hijos de 1 a 29 años ¹² indican que en una ciudad de tamaño medio y cierto carácter tradicional, como es Barcelona (capital de Cataluña, España), el 9'9% de los hogares están habitados por uno de los progenitores más los hijos, y en el 80% de estos casos, la familia está formada por la madre y los hijos. Ello indica una ausencia frecuente del elemento masculino en la vida íntima de los niños y púberes. Este porcentaje asciende hasta el 30% en los hogares de otros países como Nueva Zelanda o los EE.UU. En algunos casos, como es el de Portugal, sucede que en el 99% de los hogares monoparentales el único adulto es la mujer.

Por otro lado, y según datos oficiales recientes, el 60% de los jóvenes de Cataluña cree que el “peligro viene de la inmigración”, lo cual, y en cierta forma, equivale a decir que viene de lo

¹² Datos facilitados al autor por la Dra. Montserrat Solsona, especialista en demografía de la Univesitat Autònoma de Barcelona e investigadora del Centre d'Estudis Demogràfics, referidos a los años 2003 y 2004.

desconocido, de lo que está por delimitar, por clasificar. Si una persona ha elaborado mal sus propios límites personales, por naturaleza temerá todo aquello que los cuestione, por leve que sea tal cuestionamiento.

Así pues, en este breve repaso de la situación familiar occidental aparece una clara problemática en la construcción de los límites, derivada ya de la propia estructura familiar¹³, y esta situación tiene alguna relación con la violencia, los ritos y el interés por el chamanismo, relación que se analiza más adelante.

Por otro lado, hay un obvio fracaso en el proceso de socialización juvenil en referencia a valores básicos tales como la discriminación verdad/mentira, individualidad/grupalidad, ser/tener, educación/diversión, lo mío/lo ajeno, derechos/deberes y demás. Creo que a pocos sorprende realmente que algunos jóvenes sean detenidos por la policía por quemar coches ajenos aparcados en la calle, y que su justificación sea afirmar que "es divertido" (como sucedió hace poco en la ciudad de Valencia). Hay tal exceso de oferta de consumo en la que los límites se diluyen de forma habitual, que da la impresión que nadie se extraña tampoco de enunciados cotidianos como los de algunos carteles publicitarios: "Todavía queda espacio en tu armario" (invitando a comprar prendas de ropa durante la temporada de rebajas en enero de 2005 en algunas galerías de Barcelona; ya ni se habla de la necesidad, de los gustos personales o de la oportunidad de comprar la ropa más barata que de costumbre). Otro ejemplo puede dárnoslo la industria automovilística al ofrecer coches que se empezarán a pagar seis meses más tarde. Esta situación tan cotidiana, impele inevitablemente a confundir deseos con necesidades, lo propio y lo ajeno, lo correcto y lo deseado, y lo interno con lo externo.

Los jóvenes necesitan disponer de actividades adecuadas para descargar sus presiones emocionales y la adrenalina, y buscan el medio y el camino más corto para satisfacer esta necesidad, todo lo cual está relacionado con los ritos iniciáticos, la violencia y también la ola de chamanización que se observa en el Occidente actual.

¿Quién enseña realmente al segmento de adolescentes y jóvenes a pensar, a argumentar, a usar el lenguaje, a distinguir entre emociones y pensamientos, entre derechos y deberes, entre libertad y libertinaje, entre sentir, pensar y actuar? La respuesta es, en términos generales, nadie. La televisión es el principal vehículo socializador actual y es un modelo nefasto si nos referimos por educar al proceso de desarrollar y dar forma y contenido a los potenciales básicos del ser humano.

No me extenderé en detallar las causas de lo nefasto de la televisión como medio socializador por ser de todos conocido (y por algunos sufrido): ausencia de intercambio, es una máquina hablante no un ser humano dialogante, imposición de ideologías sin posibilidad de discusión creativa, oferta de diversión no participativa, irrupción en la intimidad personal, pasividad, modelo de cosmovisión consumista, explotación de los instintos más primarios y vulgares, noticias tergiversadas, etcétera. No me refiero aquí a documentales y otros programas de cierto interés en el

¹³ De América Latina hay también datos indicativos referidos a esta situación. Por ejemplo, en Perú el 6,4% de los menores de 15 años no viven ni con el padre ni con madre, otro 14,7% viven solo con la madre (que suma el 21,1% sin padre) y el 2,8% viven solo con el padre. Aparece una situación similar a la europea, aunque por motivos muy distintos. Esta información proviene de la DHS (*Demographic and Health Survey*) que también ha realizado estudios en Bolivia, Colombia, Ecuador, República Dominicana, Guatemala, México y Brasil. Los datos se pueden consultar por Internet en www.macroit.com/dhs/. También en la web de la UNICEF se publica cada año el "Estado mundial de la infancia", en esta dirección <http://www.unicef.org>. El PNUD publica el Informe sobre desarrollo humano en la web <http://www.undp.org/hdr2003/espanol/index.html>. UNFPA publica el estado de la población mundial en <http://www.unfpa.org>. Para Europa los datos más completos son los de Eurostat <http://europa.eu.int/comm/eurostat/>. Finalmente, la fuente más completa es el PHOGUE (Panel de Hogares de la Unión Europea).

desarrollo humano por ser ínfimo el índice de audiencia comparada con los programas de “entretenimiento”.

Entre otras consecuencias, esta disolución de los límites existenciales que alimentan las culturas occidentales ha conllevado actualmente a que se observe mucha precocidad juvenil en relación a la satisfacción inmediata de las pulsiones biológicas primarias. No hay límites efectivos, nuestros muchachos y muchachas queman etapas vitales muy rápidamente. A partir de la última década del siglo XX, los muchachos y muchachas de 13-14 años hacen cosas que antes se iniciaban a los 17-18 años: tener relaciones sexuales, las adolescentes se maquillan y presumen exhibiendo las curvas eróticas de su cuerpo recién estrenado buscando atraer a chicos y adultos, la persecución del placer inmediato se busca incluso a costa de la agresión a mendigos o ancianos, robos y demás. La idea de libertad que se forjó en la primera mitad del siglo XX –relacionada con el derecho a la autocontención, frente a los límites impuestos por esclavistas, latifundistas, Iglesia y aristócratas– se ha transformado en libertinaje de consumo en el XXI –exigir la satisfacción inmediata a los deseos personales. Esta misma pérdida de límites se refleja en la incapacidad del sistema educativo actual para retener a los jóvenes, en la liberalidad de los ámbitos normativos (los jóvenes tienen que elegir entre muchas opciones: sexualidad, formas de vestir, argots callejeros...) y en la disponibilidad inmediata y comercializada de bienes y servicios: solo hay que desear, el mercado surte de lo que se quiera y aun más. Y esta situación contrasta con el difícil acceso de los jóvenes a tener vivienda propia, lo cual les obliga a convivir con sus progenitores hasta edades avanzadas, no disponiendo, por tanto, de espacios cuyos límites y estilo deben ser defendidos por los propios jóvenes.

I.7.

Si ahora visitamos el ámbito psicoemocional de los jóvenes y de los adultos, y el modelo actual de socialización ¿Qué aparece? Un gigantesco y esperpéntico consumo de psicofármacos legales como mecanismo generalizado de regulación emocional. Por ejemplo, en 1993 se vendieron en España 40.961 millones de tranquilizantes ¹⁴, y en 2001 el consumo ascendió a un total de 71.993 millones de cápsulas de tranquilizantes ¹⁵. Entre el 1990 y el 2000, en una sola década, se triplicaron las ventas de fármacos antidepresivos y se cuadruplicó el consumo de ansiolíticos en España. Tan sólo en un año, 2002, aumentó en un 10% la venta de ansiolíticos en Cataluña, fármacos que, a su vez, representan el 16% de las ventas totales de psicofármacos ¹⁶. No es ningún mal negocio para la industria farmacéutica.

Para redondear un poco más este retrato robot de la situación emocional de nuestras sociedades a partir del consumo de psicofármacos legales, cito algunos datos ilustrativos provenientes de la propia industria farmacéutica. Los tres medicamentos más vendidos en España son psicofármacos: Zypresa (antipsicótico de laboratorios Lilly), Risperdal (antipsicótico de Janssen Cilag) y en tercer lugar el popular Seroxat (fármaco antidepresivo de Glaxo Smithkline). Es una realidad indicativa de la anómala socialización de las emociones en Occidente el hecho de que los tres medicamentos en que se gasta más dinero la sanidad pública sean psicofármacos. Y que, de

¹⁴ Que reportó 165 millones de euros a los laboratorios de psicomaquillajes químicos.

¹⁵ Con una recaudación de 828,7 millones de euros.

¹⁶ Datos del *Boletín de Información terapéutica* del Sistema Nacional de Salud y de Farmaindustria. Aparece una recopilación de tales datos en la revista *QUO*, núm. 98, noviembre 2003, pág. 82-88, Barcelona

entre todos los psicofármacos legales, los más consumidos sean antipsicóticos ¹⁷. No está de más recordar que las emociones son el propulsor de la vida y quien bloquea las emociones bloquea la vida.

Demos aun otra pincelada a este retrato impresionista del modelo cultural en que acaece el desarrollo psicoemocional de los jóvenes occidentales. Entre el 65% y el 80% de los psicofármacos, en España se recetan en los servicios médicos de atención primaria, donde el 52% de las consultas duran menos de cinco minutos. No obstante, el paciente “debe salir con una solución a su problema”. *¡Por favor, compórtese!* está mal visto estar triste, deprimido o ansioso, de ahí la receta del psicofármaco correspondiente. Pero es algo sabido y aceptado que los antidepresivos, neurolépticos y ansiolíticos no resuelven nada, solo disfrazan síntomas, son simples psicomaquillajes. Es una situación de un desajuste psicótico sociocultural extremo.

Por otro lado, estas mismas sociedades postindustrializadas, cuya *psyké* se regula a golpe de centenares de diferentes píldoras embrutecedoras de las emociones, persiguen policialmente otras pocas sustancias de uso milenario y cuya real eficacia en la educación emocional y espiritual ha sido verificada por más de dos tercios de otros pueblos humanos. Me refiero, obviamente, al peyote, la ayahuasca, el cactus sanpedro, la cannabis, los hongos psilocíbicos, la iboga, el kava kava y todas las demás plantas psicoactivas o enteógenos de uso tradicional en contextos chamánicos, místicos, rituales o curativos. Cabe apuntar que, como han verificado estudios etnográficos y la moderna observación clínica, ninguna de estas sustancias presenta la potencial capacidad adictiva de algunos de sus derivados químicos, como son los derivados opiáceos, la cocaína y el alcohol.

Cada vez hay más personas que no pueden soportar los problemas de la vida cotidiana. Asuntos que antes se resolvían por sí mismos o en el espacio familiar ahora se psiquiatrizan y se medican. La intervención de un especialista se ha convertido en indispensable en aquello que antes era propio de la vida íntima de cada persona y cada familia. El resultado es una psicotización de la sociedad, una desconexión creciente entre las emociones, sentimientos y necesidades genuinas de cada uno y su comportamiento externo. La conducta cada día está más formalizada y controlada por las leyes que van imponiendo los Estados de acuerdo a criterios burocráticos y de orden económico, pero pocas veces respetando las necesidades reales de la población. Ámbitos tan privados como las relaciones entre padres e hijos, entre cónyuges o entre maestros y alumnos, hasta la segunda mitad del siglo XX eran espacios regulados por la Leyes estatales pero muy de lejos. El Estado sólo se metía en tales espacios si había algún herido o asesinado, o en el control de la transferencia de las herencias para llevarse un buen pellizco en forma de impuestos, poco más. A partir de finales del siglo XX e inicios del XXI hemos visto un importante aumento de Leyes y regulaciones Estatales que se inmiscuyen en los espacios de la vida privada, recortando cada vez más la libertad individual hasta límites que hubiera sido inadmisibles hace tan solo un siglo. Por ejemplo, las leyes que regulan la relación entre los hijos adultos y sus ancianos padres para evitar el abandono de individuos seniles, o las leyes que regulan la patria potestad de una criatura para evitar peleas entre progenitores separados.

El desconocimiento de la compleja dimensión emocional del ser humano llega a tal punto que los laboratorios –poco amigos de la salud ya que su negocio es la enfermedad–, están inventando trastornos que no existen para vender aun más medicamentos, maravillas salvadoras de tales “nuevas enfermedades”. Así por ejemplo, en julio del 2001 el periódico conservador *Washington*

¹⁷ En el 2000, en España se vendieron envases por un valor de 50 millones de euros y en el resto del mundo por valor de 2.500 millones de euros. Y ello a pesar de que hay denuncias por probable efecto adictivo de la paroxetina (principio activo del Seroxat) y alguna acusación de ser el causante de muertes (sentencia de un tribunal de Wyoming, EEUU, en la década de los 90).

Post denunciaba el invento del trastorno denominado fobia social. Entre los años 1997 y 1998 los medios de comunicación de los EE.UU. habían mencionado esta enfermedad un máximo de 50 veces, pero en 1999 aparecieron millones de referencias a esta “patología”. Detrás de ello había una campaña publicitaria pagada por la compañía farmacéutica Glaxo SmithKline que promocionó así su “nuevo medicamento” Paxil (que no es más que paroxetina), anunciándolo como el único medicamento contra la fobia social.

Uno de los varios ángulos ocultos de esta fraudulenta campaña consistió en financiar con una enorme suma de dinero a la Sociedad Estadounidense de Psiquiatría. Con el dinero, esta sociedad de psiquiatría debía realizar una campaña publicitaria en las paradas de autobús de las principales ciudades, informando de la fobia social. A partir de este momento empezaron a aparecer datos sobre supuestos enfermos de tal trastorno. Esta patología, que se manifiesta por tener miedo a la gente, se describió como trastorno hace ya mucho, pero los márgenes patológicos de este comportamiento aparecen tan desdibujados en la citada campaña, que cualquiera puede sentirse enfermo de fobia social.

Como afirmó el prolífico antropólogo francés P. Clastres, cada sociedad sufre y diagnostica aquellas enfermedades que puede curar, así que ¿Por qué no? Primero se fabrica un psicomaquillaje, luego se averigua qué es lo que puede tapar (si es que realmente maquilla algo) y finalmente se inventa la mancha para ser cubierta por el nuevo fármaco. Con ello no se deja demasiado espacio para que cada persona averigüe lo que sucede realmente en su mundo interno y, caso de ser algo problemático, busque una solución de acuerdo a su sentir, disponibilidad y tradición cultural.

Parte II

II.1.

Iniciación y patrón evolutivo

Durante el siglo XIX se inició la andadura de la antropología cultural y de la psicología como disciplinas de orientación científica cuyo objeto de estudio es el ser humano. Con el afianzamiento de estas disciplinas científicas sucedió que, entre otras cosas, el tabú del incesto fue considerado sin discusión como la tendencia genética más universal. Se entendió que es un patrón de comportamiento fundamental a partir del cual han surgido las instituciones culturales más primarias. Como apunta L. Zoja, desde S. Freud hasta C. Levy-Strauss se han escrito innumerables textos sobre la fundamentalidad del tabú del incesto para la existencia humana. Algunos científicos sociales piensan que si desapareciera el tabú o prohibición irracional del incesto habría unas consecuencias inimaginables en relación a la cultura y a la supervivencia de la especie humana.

Supongamos que fuera cierto y extendamos esta misma reflexión a otras dimensiones universales del ser humano. ¿Qué sucedería si desapareciera por completo todo sentido moral de lo

bueno y lo malo (y, por ejemplo, el mundo de los valores se convirtiera en una obediencia mecánica a leyes Estatales, tal y como gustaría a diversos gobernantes)? ¿Qué pasaría si se eliminaran las diferencias entre sexos, tanto morfológicas como funcionales? De ello deriva otra pregunta ¿Cómo viviríamos si desapareciera la figura de la madre, hoy algo posible, por lo menos en teoría? ¹⁸ ¿Hasta dónde llegaría la profundidad de la vida si desapareciera la consciencia de la muerte? Para el gran filósofo K. Popper, la consciencia se abre con el sufrimiento, con las limitaciones y con la muerte. Es de pensar que si desapareciera la consciencia de la propia finitud se evaporaría también una parte substancial de la consciencia reflexiva como factor esencial de la naturaleza humana: el “pienso que pienso” y el, aun más profundo, “trato de pensar sobre la forma en que organizo mis pensamientos”.

El psicólogo L. Zoja apunta que la desaparición de la iniciación es una de estas pérdidas de procesos universales que está teniendo unas consecuencias de difícil evaluación por su enormidad ¹⁹. Por otro lado, según Mircea Eliade y otros antropólogos e investigadores culturales, la gran diferencia entre el mundo tradicional o primitivo ²⁰ y el mundo moderno es justamente la desaparición del rito de iniciación como puntal de los procesos de socialización y núcleo dinámico de la propia comunidad.

Es probable que por el mismo hecho de haber desaparecido de nuestro panorama cultural y biográfico, la mayoría de contemporáneos no se percaten de la importancia de los ritos y procesos iniciáticos como mecanismos de ordenación del mundo endógeno y exógeno. Este hecho recuerda el método que tienen los *máhabat*, domadores indios de elefantes, para hacerlos rendir a su voluntad. Cuando el animal es aun cachorro atan una de sus patas a un palo hundido en el suelo. No es un palo excesivamente resistente, pero es suficiente como para que la cría de elefante no pueda arrancarlo. El pequeño trata inútilmente de recuperar la libertad tirando de la cadena, hasta que un buen día se rinde. Entonces deja de gastar su energía peleando contra la cadena que lo ata al palo; simplemente se conforma con quedarse quieto. Cuando el animal llega a adulto tiene una fuerza tremenda y podría arrancar la cadena de un simple tirón, pero los *máhabat* saben que es suficiente con atar una de las patas del elefante a una cadena para que el animal no huya. Un buen día decidió no tirar más y se olvidó de probarlo de vez en cuando. El elefante ignora lo que podría hacer de estar libre, y ello cambia por completo su existencia: no recorre territorios apetecibles, se acostumbra a la alimentación que le dan, espera órdenes de su *máhabat*, etcétera. Están bien descritos por los etólogos los profundos cambios que acaecen en las vidas de los mamíferos domésticos si los comparamos con sus congéneres salvajes. No obstante, en situaciones de estrés elevado los elefantes recuperan conductas instintivas propias de su naturaleza, rompiendo los automatismos adquiridos ²¹. De la misma forma, cuando un patrón cultural complejo no facilita, o impide, el

¹⁸ Se podría plantear la hipótesis de que los nacimientos futuros fueran de bebés probeta. De hecho, cerca del 1% de los nacimientos actuales en Cataluña son resultado de embarazos conseguidos con asistencia clínica, lo cual está generando un importante movimiento de semen y de divisas en los bancos europeos de semen humano.

¹⁹ ZOJA, Luigi, 2003, *Drogas: adicción e iniciación*, Paidós, Barcelona.

²⁰ Por “primitivo” suelo aludir al sentido original y etimológico del término, ignorando las modas intelectuales. Primitivo viene de *primus*, de “primario”, que significa a la vez algo simple y modelo o patrón de algo posterior. En su etimología, primitivo también significa “lo primero”, y tales pueblos estaban en la Tierra antes que las sociedades industrializadas.

²¹ Como ejemplo popular que ha dado la vuelta el mundo en enero de 2005, podríamos mencionar los tranquilos elefantes que servían de atracción turística en los países orientales afectados por el terrible maremoto ocurrido a finales de diciembre de 2004, maremoto en el que perecieron más de doscientas mil personas. Captando que se avecinaba el desastre natural, aquellos pacíficos elefantes se lanzaron tierra adentro en busca de protección un rato antes que las gigantescas olas del *sunami* arrasaran las costas, haciendo caso omiso de las órdenes de sus *máhabat*. Gracias a esta reacción instintiva, tanto los animales como sus domadores y los turistas que estaban paseando sobre sus lomos salvaron sus vidas.

desarrollo de factores esenciales instintivos básicos o superiores del ser humano, como si se tratara de las antiguas tradiciones de los chinos mandarines de impedir a las mujeres imperiales desarrollar sus pies de forma natural, los individuos pueden asumir las pautas bloqueantes hasta un cierto punto. A partir de un cierto nivel de opresión el estrés genera situaciones anómalas y, con frecuencia, peligrosas para la convivencia.

Los ritos y procesos iniciáticos, en los pueblos tradicionales, gozaban de una difusión casi tan universal como el tabú del incesto. No hay más que mencionar que tres de los grandes pilares de la cultura Occidental –la Biblia, la Odisea y la Divina Comedia– son relatos alegóricos de otras tantas iniciaciones. En un caso, la Biblia es una recopilación enorme de relatos iniciáticos. En la mayor parte de otras sociedades, y en otras épocas de la nuestra, era casi impensable la existencia de alguien que no hubiera sido iniciado en algún grupo de edad, en algún culto, bajo los dictámenes de algún maestro, en alguna escuela de vida o en otras formas de estructura iniciática. Era casi impensable que alguien que no fuera un extraño viviera sin unas pautas culturales explícitas e implícitas que regularan su existencia física y espiritual, y su convivencia. Y a los extraños se los solía considerar bárbaros, poco humanos, peligrosos. Era extraño imaginar alguien que no hubiera renacido en algún sentido específico regulado por una cultura. Lo más importante ahora para nosotros, es que hoy se ha perdido esta necesidad a nivel consciente pero no ha desaparecido ni la función que cumplían las iniciaciones ni su necesidad ordenadora y evolutiva.

En este sentido, la abolición de los procesos iniciáticos es un fenómeno relativamente reciente y local, característico de la cultura occidental contemporánea. No obstante, a pesar de la fundamental importancia de la iniciación en la existencia humana, con alguna excepción como por ejemplo los psicólogos C. Jung, L. Zoja y J. Hillman, o antropólogos como R.A. Rappaport y M. Eliade, prácticamente no se ha escrito nada sobre las consecuencias y alcance de tal abolición.

Siguiendo este camino se puede plantear que en todo ser humano existen dos contenidos arquetípicos inconscientes cuyo bloqueo –o hipodesarrollo– está en la base de mucha de la violencia juvenil que hoy soportamos y de las adicciones. Se trata de los arquetipos de:

- i) *el proceso de la iniciación* (ZOJA, 2003) sobre el que me extenderé más adelante;
- ii) *el patrón evolutivo latente o arquetipo del camino*²² que se manifiesta en el hecho de considerar que el ser humano “va a alguna parte”. Hasta donde conozco, en ninguna cultura se considera al ser humano como alguien que flota en una especie de norma estática fijada por criterios lógicos, acomodaticios, religiosos, históricos o simplemente convincentes. El ser humano es “alguien que va a alguna parte”, que busca algo más, que trata de ir más allá de los límites perceptuales, corporales, cognitivos y sensoriales con que la naturaleza lo ha dotado. De ahí que podemos llamarlo el arquetipo del patrón evolutivo latente o arquetipo del camino. Cuando a una persona se le impide evolucionar acumulando conocimientos, preveyendo o tomando decisiones sobre la dirección a seguir en su vida, es un ser humano que suele enfermar. Tenemos las ilustraciones necesarias en nuestras sociedades: desde los presos hasta los ancianos que se jubilan en Europa, con lo que pierden toda posibilidad de ascenso, de “ir más allá” dentro de la principal escala de prestigio social, la que deriva directamente de la ocupación laboral. A raíz de este bloqueo, un tercio aproximado de los hombres enferman antes de acabar el segundo año de vida como jubilados, a pesar de que pudiera parecer lo contrario (FERICGLA, 2002: 405 y

²² Los arquetipos son principios dinámicos inconscientes y heredados que dan forma a la conducta. No son los “mapas de la conducta”, como suele afirmarse, sino que los arquetipos producen los mapas concretos de conducta; son el “órgano” del cual surgen los mapas. De la misma forma, producen las imágenes oníricas, delirios y imaginaria mítica pero los arquetipos no son las imágenes.

ss.). Lo mismo se puede afirmar de los jóvenes sin futuro, con existencias anómicas: enferman por falta de un modelo externo, de una matriz ordenada que les permita desarrollar el arquetipo del patrón evolutivo latente.

Estos dos arquetipos no deben considerarse como un conjunto de comportamientos y símbolos generados por una cultura determinada. Se trata de dos pulsiones inconscientes que permiten la comprensión de varios fenómenos sociales extremos y particulares. Entre las manifestaciones sociales de su hipodesarrollo cabe mencionar las toxicodependencias y la violencia (según Zoja, *ibid.*), pero las consecuencias de tal bloqueo arquetipal toman diversas formas de acuerdo al patrón cultural en que se dan.

Para plantear la hipótesis de forma sintética, diremos que en el ser humano existe una necesidad natural, universal y en absoluto morbosa o patológica de procesos de iniciación, de procesos de muerte/renacimiento o de regeneración. Tal pulsión biológica, la iniciación, se complementa con el segundo arquetipo, la tendencia evolutiva latente o arquetipo del camino, el ir a alguna parte, la necesidad de traspasar los límites existenciales. Esta pulsión universal en el ser humano está asociada a las exigencias espirituales y a la búsqueda de estados modificados de consciencia. De ahí que muchas personas se animen a correr el riesgo de consumir sustancias de origen desconocido para modificar su talante y su estado de ánimo.

En los pueblos de tradición chamánica, las técnicas extatogénicas y el uso de psicotropos son refrendado por las tradiciones culturales, pero en nuestras sociedades la mayoría de psicotropos que abren *puertas de la percepción* están prohibidos. A pesar de ello, las personas los usan, se arriesgan. En nuestros marcos culturales se ha hecho creer que los estados modificados de consciencia son de carácter onanista, en contraposición a la gnosis analítica y positivista. En sentido contrario, los chamanes de las diversas tradiciones regionales así como en otras formas de religiosidad milenaria (sufismo, budismo, misticismo cristiano), se afirma que la satisfacción de los impulsos religiosos llega justamente de la experiencia directa de lo divino. De ahí, el extendido consumo ritualizado de sustancias visionarias a lo largo de la Tierra, consumo que, según ciertos investigadores, como la antropóloga investigadora de la universidad de Ohio, Erika Bourguignon, se da en el 87% de los pueblos descritos por la etnografía. De ahí también que, a pesar de los obvios riesgos que se corre por imprudencia, los fenómenos espirituales, los estados modificados de consciencia y nuestros contenidos inconscientes son demasiado importantes para ser ignorados. El impulso a buscarlos y satisfacerlos es más poderoso que el miedo a las prohibiciones legales actuales y a los tabúes religiosos medievales.

Cuando un fenómeno se da con frecuencia y en todas las regiones culturales del planeta, hay que pensar en que debajo de ello está actuando alguna dinámica arquetípica. Es el caso de la búsqueda de la iniciación y la experiencia de estados modificados de consciencia. Según ha mostrado la psicología profunda, se está dando algún tipo de intercambio entre polos opuestos que a la fin puede desarrollarse de manera ambivalente. El enamoramiento esconde un enorme potencial de odio y viceversa, los mismos enteógenos o psicotropos que en unas culturas son la vía hacia una experiencia sagrada y creativa de la divinidad, en otras se convierten en herramienta destructiva.

En términos simbólicos podríamos decir que la eterna lucha del héroe contra las tinieblas o los monstruos —es decir, contra la inconsciencia del caos primitivo— puede provocar una toma de consciencia y la construcción de un yo sólido o, por el contrario, debido a un exceso de temeridad puede llegar demasiado lejos y alimentar un yo frágil que será engullido de nuevo por el inconsciente a la mínima tormenta en la vida del sujeto (crisis psicóticas o equivalentes). Si sucede esta segunda dinámica destructiva, el desarrollo de los potenciales personales queda en el polo opuesto al que se pretendía. Las culturas deben ofrecer caminos de desarrollo para ambos impulsos

arquetípicos, de la misma forma que regulan el comportamiento sexual o las formas de relación social ²³.

En el contexto de este escrito podemos dirigir la atención a la actual *tendencia chamánica* observable en ciertas minorías occidentales, entendiéndola en tanto que modelo iniciático de apariencia simple a través del cual se busca una vía de satisfacción a tales impulsos arquetípicos. La propia simpleza aparente del ritual chamánico permite creer que, siguiendo sus primarias formas externas, satisfarán las pulsiones de la iniciación y del camino. Todo especialista riguroso sabe que es una percepción realmente falsa ya que los chamanismos tienen una gran complejidad subyacente y una gran profundidad histórica. A pesar de esta real complejidad, a un cierto nivel de demanda ocupan un espacio que las culturas dejan vacío, de ahí el interés y desarrollo de los neochamanismos de consumo.

En diversas sociedades primitivas la relación entre iniciación y muerte es tan estrecha que, a menudo, celebran ritos análogos en ambos tránsitos. O bien, como en el caso de los shuar amazónicos, se considera que las personas doblemente iniciadas –algunos chamanes muy respetados– no mueren hasta que alguien no les roba primero una de las almas adquiridas durante las iniciaciones. En estas sociedades no solo la iniciación se entiende como una muerte y renacimiento a una dimensión existencial superior o espiritual, sino que la muerte material es interpretada en el mismo sentido, como parte de un proceso de regeneración que acaba en un renacimiento interpretado en sentido iniciático: la acogida en el seno del Padre de los cristianos, la reintegración a la Naturaleza entre las religiones amazónicas, a la Pacha Mama de los andinos o el regreso al origen primordial del hinduismo.

Los Occidentales actuales concebimos el tiempo como una suma lineal de dígitos, sin distinción entre la calidad esencial de una unidad de tiempo y otra. Nuestras agendas se llenan con compromisos que van encajando en horas, días y semanas sin ninguna diferencia cualitativa ²⁴. Nuestra cosmovisión concibe un principio mecánico del tiempo, de ahí que se busque el origen por medio de la astrofísica y de la física teórica. Como consecuencia lógica, concebimos el final de la vida sin mayor sentido trascendente, tan solo como un brusco detener el consumismo que ha marcado la existencia. Enloquecemos tratando de buscar fuera del sujeto la satisfacción a las carencias derivadas de la falta de contacto con lo sagrado, con lo indescriptible de la existencia. Las iniciaciones ponen a los humanos en contacto con lo sagrado, volveré más tarde sobre este hecho.

II.2.

La muerte como regeneración

La tensión entre la vida y la muerte actúa de matriz de todos nuestros comportamientos significativos, de ahí la necesidad de enfrentarse ritualmente a la muerte para reafirmar la vida, para darle sentido y fuerza. Esta lucha básica adquiere una especial crueldad y dramatismo cuando falta el

²³ Aun sin ser conscientes de ello, la Universidad ocupa hoy este lugar en Occidente, actúa de marco iniciático y facilita el desarrollo del “ir a alguna parte”, cumpliendo como un tiempo y un espacio de muerte/renacimiento. Los jóvenes entran como adolescentes y salen del periodo universitario como adultos, además de haber tenido una serie de experiencias ajenas a la propia actividad académica que, por lo general, constituyen los contenidos vivenciales y emotivos más duraderos (inicio a la sexualidad, consumo de psicotropos, formación de grupos de edad, exaltación de lo espiritual, consolidación ideosincrática...).

²⁴ Este tema ha sido tratado con mayor extensión y profundidad en mi estudio “El fil encadenant o el temps en les cultures”, editado en *El temps i la humanitat*, ed. 62, Barcelona, 2002.

envoltorio cultural, el recipiente necesario para contenerla y darle una forma y sentido adecuados. Cuando faltan las iniciaciones o procesos de muerte/renacimiento, con el riesgo que conllevan, la vida pierde sentido, se desparrama en acciones sin meta y se va envejeciendo en un agotamiento permanente producido por la búsqueda del “sentido de la existencia”. Se trata de una situación análoga a la que conocen los investigadores de la mente humana: en los casos patológicos más extremos es donde mejor se puede observar la estructura interna de nuestra mente. En este sentido, se puede afirmar que el recurso a estupefacientes y sustancias visionarias, así como la búsqueda de universos chamánicos alejados de nuestra cosmovisión actual tratan de satisfacer la tendencia iniciática y al arquetipo del camino, poniendo de relieve la existencia de tales sistemas dinámicos en nuestra psique.

Si no se afronta personal y conscientemente la muerte, resulta que nuestra vida psíquica y la cultural padecen una de las mayores mutilaciones imaginables. S. Freud observó que la vida se empobrece si no está permitido arriesgarse, y cuánto más arriesga una persona más valor tiene su vida. Por tanto, el máximo valor de la vida se obtiene al arriesgar aquello de más valor. Es decir, arriesgar la vida misma. Si no podemos poner la propia vida en juego por lo que más valoramos, la existencia se hace vacía e insípida, sosa y estúpida, como estas películas norteamericanas en las que de entrada ya se sabe qué sucederá: el bueno siempre gana. Hoy día, los Estados desarrollan máquinas, con nuestro dinero pero sin nuestro permiso, que destruyen miles de vidas e incontables bienes en nombre de entidades nacionales, de religiones o de ideologías, como es el caso de las cruentas invasiones de Afganistán y de Irak en nombre de la libertad y la democracia. No obstante, el individuo no está autorizado a intervenir en la preparación de estos monstruosos asaltos en los que ni tan solo se puede detener el proceso asesino una vez puesto en marcha. Se puede afirmar que un personaje como Ulises, con la épica odisea del descubrimiento de sí mismo a costa de arriesgar constantemente su vida, hoy ya no es posible, aunque es más necesario que nunca. Si alguien arriesga su vida y no es policía o está al servicio del Estado, fácilmente es multado o encarcelado por ello. Si un anciano deja de comer por el motivo existencial que sea, se le obliga a ingerir alimentos. A causa de la compleja interdependencia mundial, los Estados no delegan en los individuos la responsabilidad de resolver los conflictos colectivos, ni tan solo los problemas personales.

Se nos ofrece votar para escoger a los políticos pero (casi) nunca se promueve una votación para tomar decisiones reales de ámbito colectivo, como sería lo deseable. Antaño y en sociedades simples, el proceso de socialización trataba de subordinar el sujeto a las reglas colectivas pero era él quien, a la fin, tomaba determinaciones sobre su existencia. Hoy, por parte de los mandatarios, se nos constriñe a perseguir unos fines y a usar unos medios declarados como “racionales y objetivamente positivos”. Así es como llegamos al punto actual en que el sentimiento heroico es rechazado por una mayoría que, llena de rencor por esta substancial pérdida del sentido de la vida, se hunde en una actitud antiheroica y llena de resentimiento hacia lo diferente: emigrantes, pobres, personas de otros grupos de edad y demás diferencias.

En esta situación aparece el modelo de desarrollo humano negativo (sugerentemente desarrollado y explicado por Zoja, *ibid*: 53): anorexia, bulimia, drogadicción, violencia gratuita, racismo, consumismo y patrones psicóticos como trastorno cada vez más frecuente. El héroe de hoy, como afirma este psicólogo, es un héroe destructor y vacío. No es un héroe constructor y defensor de altos ideales. Al no disponer de una forma social y culturalmente consensuada y codificada que sirva de vehículo de expresión de los heroísmos edificantes (no hay más tierras que descubrir, ni enemigos reales que combatir), estas pulsiones arquetípicas de muerte-renacimiento sólo encuentran desahogo en los modelos negativos, destructores.

No es extraño que los movimientos de derechas, fascismos y neoimperialismos actuales caminen codo con codo con el tráfico de armas y de drogas en Occidente. Es el actual comercio de la

muerte, único camino de salida a tales pulsiones básicas en el ser humano. L. Zoja ha puesto de relieve esta relación inconsciente en referencia a la necesidad de iniciación.

En este sentido, puede afirmarse que el efecto de los psicotropos más consumidos en Occidente se divide en varias fases o facetas que pueden equipararse a la experiencia de muerte y renovación: alejamiento de las tensiones y preocupaciones inmediatas, los grandes sentimientos se viven de forma exaltada, hay una muerte del yo –en sentido psicoanalítico– más o menos relevante y desaparece la consciencia racional y lúcida, la gnosis positivista, que impera en la cultura occidental. Sin duda, a este último factor se debe la consideración de crimen elevado que tiene el consumo de drogas visionarias ya que atenta contra el núcleo y esencia de lo occidental, la mente lógico-racional productiva, en oposición a la mente analógica y emocional dominante en las sociedades tradicionales.

La necesidad latente de la iniciación como proceso de muerte y renacimiento o regeneración de la vida, no es exclusiva de las culturas tradicionales sino de todo ser humano. Se puede afirmar, insisto, que el masivo recurso a drogas psicoactivas legales e ilegales, y la constitución de grupos cerrados de carácter esotérico e iniciático, incluso violento, cercanos a la muerte es una expresión desordenada y desesperada de tal necesidad psíquica. En Europa, tal comportamiento aparece en los partidos de fútbol, en las tribus urbanas, en los asesinatos en colegios, en las psicopatologías de autoagresión como la anorexia o la bulimia y demás.

Así pues, resulta coherente que una sociedad como la nuestra que ha sido despojada de aquellos ritos iniciáticos que permiten la regeneración, también haya eliminado la muerte de los valores sociales importantes. Al igual que los ritos iniciáticos verdaderos, la muerte es rechazada, escondida, maquillada y, como máximo, elevada a economía. Ambos rechazos, a la muerte y a la iniciación, pertenecen al mismo ámbito inconsciente.

L. Zoja afirma que el pánico y rechazo de la muerte es la dinámica de fondo que impulsa a la búsqueda de drogas que permitan morir lentamente. También lo contrario, ya que el uso de tales drogas es el recurso para tener una experiencia “que valga la pena”. Una vez han muerto valores tradicionales esenciales tales como la familia, la trascendencia, los ideales de mejora social y los afectos vivos y constructores de compromisos se busca algo que permita regenerarse del desgaste de la vida diaria. Por lo menos, algo que permita tener una experiencia que “valga la pena”, aunque sea entre unos pocos. No obstante, cabe recordar ahora que toda iniciación real y regeneradora debe disfrutar de una aprobación social.

El uso de psicotropos y la violencia son comportamientos humanos que se dan en multitud de culturas, en especial entre los pueblos chamánicos, sin que ello sea motivo de conflicto ni de desviación social. Al contrario, son recursos de integración social. ¿Cuáles son, pues, las condiciones diferenciales entre “ellos” y “nosotros”? Si realizamos una revisión de diversos modelos culturales tanto americanos como africanos y asiáticos, se pone de relieve que la diferencia básica es que ellos disponen de un modelo iniciático que enmarca y da un sentido estructurante al uso de psicotropos y a la violencia. En Occidente no lo hay.

Como he comentado en líneas anteriores, debemos aceptar que la tensión de la vida contra la muerte (prefiero denominarlo “tensión” a “lucha”) actúa de matriz de muchos de los comportamientos significativos del ser humano, más allá del sistema cultural en que éste se haya socializado. También debemos aceptar que esta tensión es especialmente evidente en los toxicómanos, los grupos violentos y los jóvenes que aun no se han dado por vencidos frente a la trastornante uniformización de valores, afectos, ideales y creencias que estamos sufriendo en Occidente bajo el rótulo de mundialización. Es decir, la necesidad de iniciación, de muerte-renacimiento, empuja con fuerza a actuar a aquellos individuos que sienten la necesidad de una vivencia que merezca la pena, aunque se trate de una experiencia puramente subjetiva, peligrosa y compartida con unos pocos.

No obstante esta presión natural, existen dos hechos que dificultan el intento actual de unir de forma constructiva psicotropos, violencia y ritos de muerte/renovación:

- a) en la mayor parte de los casos se trata de un impulso inconsciente, con lo que no hay una consciencia de la utilidad práctica de tal impulso si se pusieran al servicio del arquetipo del camino y del de la iniciación. Por tratarse de un impulso inconsciente tampoco se aprende el uso de técnicas adecuadas para su desarrollo, sean tradicionales o de diseño moderno. La asistencia a la Universidad y los motivos profundos que mueve a un buen índice de estudiantes a ir es un buen ejemplo de ello.
- b) se lleva a cabo en una situación histórica y cultural muy desfavorable para las iniciaciones. Tal y como analizo con detalle más adelante, el patrón consumista y la idiosincrasia hoy dominantes son el opuesto absoluto a los intereses de la iniciación y regeneración.

Estas observaciones sobre el hecho dinámico que une muerte e iniciación en un proceso único de renovación vital, son datos que conciernen a nuestras sociedades mucho más de lo que los propios expertos suelen considerar. No se trata de hechos referidos sólo a culturas simples. Nuestras sociedades, insisto, han sido despojadas de ritos de iniciación y también de ritos relativos a la muerte. El trance final forma hoy parte de los acontecimientos más rechazados, como lo fue el sexo en siglos pasados.

El desarrollo de los potenciales humanos no inmediatamente productivos se ha dejado en el pequeño ámbito del mundo personal soportando, a la vez, una fuerte presión del consumismo para desanimar al sujeto a dedicarse a ello. Entre otros hechos, cada vez queda menos tiempo y tampoco hay la libertad real de acción necesaria que se requiere en todo proceso iniciático. En este sentido, es importante descubrir la no casual coincidencia que hay entre el rechazo actual de la muerte, a las drogas y a la iniciación. Cualquier grupo que desarrolle ritos iniciáticos y los incorpore a su dinámica corre el grave peligro de ser acusado de sectarismo, y el riesgo de ilegalización y ostracismo social. En Europa es mucho más peligroso que en América Latina, donde hay supervivencias de ritos iniciáticos en sus etnias indígenas autóctonas.

Algo similar sucede con los psicotropos ilegales que son consumidos por jóvenes y adultos. El criterio básico usado, desde hace décadas, para prohibir la comercialización de ciertas drogas psicoactivas consiste, tan solo, en el hecho de que la policía descubra su consumo entre los jóvenes. Substancias como, por ejemplo, puedan ser algunos derivados feniletilamínicos (los casos más conocidos son la MDMA o *éxtasis*, el 2CB y otras metanfetaminas) o triptamínicos (la DMT de la ayahuasca), así como la 25-LSD o la mezcalina no han sido prohibidas por su peligrosidad contra la salud pública aunque este sea el argumento oficial. Argumento sin pruebas objetivas pero repetido hasta el aburrimiento. Simplemente, se penalizó su consumo y venta cuando la violenta policía de los puritanos EE.UU. descubrió la creciente afición a consumirlas por parte de los jóvenes²⁵. Luego los obedientes gobiernos europeos aceptaron la decisión norteamericana para sí mismos, en contra de los movimientos intelectuales y populares que defendían el libre consumo de psicotropos, a pesar de los riesgos existentes.

“Acusado de exceso de felicidad”, este es el argumento que esgrime el decano atacante de Patch Adams ante el tribunal académico para intentar frenarle el acceso al título de médico, en la película del mismo nombre, *Patch Adams*. Acusados de exceso de felicidad, prohibimos el consumo de sustancias que les ayuden a ello. No quiero parecer ingenuo ni fanático: conozco con bastante detalle los peligros clínicos derivados del exceso de consumo de casi todos los psicotropos ilegales pero, hablando objetiva y desapasionadamente, con alguna excepción como la heroína, el alcohol y

²⁵ Un buen texto sobre el tema concreto de las sustancias de síntesis y los avatares legales es el libro de José Carlos Bouso, *Qué son las drogas de síntesis*, RBA, Barcelona, 2003.

la cocaína, su peligro es menor que el de la mayoría de psicotropos y demás fármacos legales expendidos en farmacias y boticas. Los psiquiatras despiertos y responsables de su actividad profesional saben que al recetar algunos medicamentos antipsicóticos o ansiolíticos están condenando a sus pacientes a la inoperancia e inapetencia sexual, al aturdimiento permanente, al embotamiento emocional y afectivo, y a una nada despreciable toxicidad hepática o a problemas cardíacos. También saben que sus diagnósticos son más que falibles y, en numerosos casos, es un dar palos de ciego ante el desconcierto de lo que sucede en el alma de sus pacientes.

Por otro lado, las instituciones públicas que deberían cumplir con la función de promover y orientar el desarrollo del arquetipo de la iniciación y de la evolución latente, en su mayoría no aceptan reconocerlo, como es el caso la Universidad (¡y tal vez sea mejor así!). En sentido general, hay un completo olvido de la importancia de las indicaciones pragmáticas y paradigmáticas que ofrecían, por ejemplo, las historias mitológicas, los maestros o guías que podrían actuar de orientadores de la experiencia límite y renovadora, se ignora la diferencia entre la dimensión sagrada y la profana del mundo y se ha olvidado cómo mantener el debido respeto a lo sagrado.

Los profesores universitarios ignoran completamente que los conocimientos no pueden ser transmitidos de cualquier forma, ni tan solo los más técnicos, y se resisten a aceptar que los estudiantes puedan estar más interesados en la vida que en sus clases. Recuerdo un caso extremo de infantilismo elevado a la palestra, cuando yo estaba dando clases en la Universitat de Barcelona como profesor novel. Se me acercó otro docente aun más joven, acabado de incorporar al equipo, se sentó sobre mi mesa de trabajo como si los papeles ahí depositados fueran invisibles, y me preguntó cómo castigaba a mis alumnos. No sólo me quedé estupefacto de que un pobre diablo que había acabado sus estudios el año anterior tuviera interés en castigar a los estudiantes que se iban a matricular en sus clases, muchos de los cuales eran de mayor edad que él mismo, sino en su poco interés por mejorar la calidad docente real de sus asignaturas. Este tipo de profesorado, presente en las universidades españolas (no sé si también en otros países, aunque lo sospecho), ignora por completo todo lo referente a la iniciación y al arquetipo del camino que es lo que verdaderamente empuja a tantos de sus alumnos a asistir durante unos años a la universidad. Ignora que la dimensión sagrada de la vida, la evolución, los arquetipos inconscientes y todo lo demás está ahí, y que es el contacto con este “algo más” que se da en la universidad de forma espontánea lo que anima a tantos estudiantes universitarios a seguir con la carrera. Es probable que no interese tanto el conocimiento técnico que se extrae de las clases como el ser que se desarrolla durante estos años claves, años de tránsito de la adolescencia a la vida adulta.

Desde antiguo se sabe que el trato con la dimensión sagrada de la realidad exige ciertas condiciones. La primera y más universal es alguna renuncia purificadora que, como sucedía en sociedades tradicionales, prepare y fortalezca el cuerpo y la mente para marcar los límites a la experiencia extática que incluye, a veces, el consumo de psicotropos. Para obtener una experiencia extática plena es necesario haber desarrollado una sensibilidad específica y más depurada que la cotidiana.

Por otro lado, tras el estado modificado de consciencia es necesario un periodo de contención que permita recuperar los límites habituales de la vida en sociedad. “El brujo sufre mucho para poder chamanizar” afirma Tankámashⁱ, *wishín* o chamán shuar de la alta amazonía, anunciando algo universal entre los chamanes. Dicho en otros términos, para poder salir de los marcos cognitivos, simbólicos, emocionales y sociales habituales, y poder luego regresar soportando la cotidianeidad es necesario haber desarrollado un nivel de autocontrol de carácter superior. Éste es uno de los problemas habituales en el consumo actual de estupefacientes en Occidente: los jóvenes no se entrenan previamente para soportar con temple *la caída* del efecto maravillante de los psicotropos, y cuando el efecto decae se busca con afán compulsivo otra dosis del estupefaciente para regresar a la experiencia intensa (por ejemplo, con DMT o mezcal) o de insensibilidad ante el sufrimiento (con

opiáceos, antidepresivos o calmantes). Esta es una de las grandes diferencias: las sociedades chamánicas tienen un modelo para el consumo de psicotropos que incluye el aprendizaje de la autocontención para aguantar la bajada del efecto, y las nuestras carecen de él.

A pesar del intento actual de ritualizar el consumo de estupefacientes, en la casi totalidad de casos se peca de ingenuidad y de imprevisión. Máxime en algunos pocos casos se tiene en cuenta el riesgo toxicológico, pero casi nunca se tienen en cuenta los riesgos psicológicos y existenciales. La mente, al no disponer de posibilidades y pautas para incorporar la experiencia límite o de ampliación de consciencia, suele reaccionar como si estuviera envenenada y desarrolla tendencias de carácter desordenado. Por ejemplo, la mayoría de sustancias visionarias, hoy denominadas enteógenas, son un carburante de maravillosa calidad para estimular el narcisismo secundario. Los griegos clásicos, durante sus casi veinticinco siglos de historia, tuvieron como centro de su cosmos ético y cultural los misterios sagrados de Eleusis, en el templo de Delfos, misterios vividos que incluían el consumo de preparados visionarios y conocían esta peligrosa implicación. De ahí, que las palabras narcótico y narcisismo evolucionaran de una misma raíz etimológica, *narkós*²⁶. Los griegos usaban tales mixturas visionarias con fines místicos y existenciales, pero no menospreciaban los peligros inherentes a su uso.

Los ritos ofrecidos en la actualidad, cuando los hay, son casi de generación espontánea. No se observan intentos de consolidar una experiencia profunda, activadora de estructuras internas, que permitan contrarrestar los posibles efectos negativos de la experiencia extática, de orientarla hacia algún fin espiritual o existencial superior. La mayoría de veces, son simples juegos intelectuales o ceremonias desactivadas de todo contenido realmente transformador. En términos generales, nuestras sociedades actuales han perdido la capacidad de ofrecer iniciaciones regeneradoras organizadas y guiadas desde las instituciones. Esta carencia genera una necesidad importante que es satisfecha por grupos violentos, sectas o consumidores de psicotropos con cierto esquema ritual – aunque la mayoría de veces son eventos conducidos por personas con escasa o nula preparación para ello aunque tengan experiencia personal en el consumo.

A partir de esta realidad nace mi interés personal y científico, por desarrollar experiencias que permitan, a las personas que las atraviesan, entrar en contacto con sus límites existenciales y satisfacer la necesidad profunda de hallar una vía de desarrollo a los arquetipos de la iniciación y del camino. Con esta intención, fundé en 1996 los denominados Talleres de Integración Vivencial de la Propia Muerte. Se trata de eventos coloquialmente denominados talleres vivenciales, o *workshops* en inglés. Técnicamente, son experiencias activadoras de estructuras o ritos de transformación, creados y desarrollados para satisfacer las necesidades de desarrollo humano de las personas que constituyen mi contexto histórico y cultural. El núcleo de tales talleres vivenciales –no son académicos, ni intelectuales, ni marcos de simple reflexión– es experimentar en toda su multidimensionalidad un estado modificado de consciencia de carácter catártico, que permite dos resoluciones complementarias. Por un lado, los asistentes descargan sus presiones emocionales inconscientes, algo común a toda forma de catarsis; por otra, gracias a la preparación previa y al proceso de elaboración posterior a la experiencia, los asistentes descubren el origen de tales presiones emocionales pudiendo resolver su patrón, digamos de inmovilidad psíquica, de forma eficaz. La técnica usada para alcanzar el estado modificado de consciencia es la respiración holorénica, desarrollada por mi a inicios de los años 1990, a partir de técnicas milenarias de respiración sufi y extática²⁷.

²⁶ Este tema en concreto es tratado extensamente en mi anterior obra *Al traspasar de la ayahuasca*, Liebre de Marzo, 2002, Barcelona, págs. 111-127.

²⁷ Para más información de esta técnica, de los talleres y de otros aspectos relacionados con el tema, ver la web www.etnopsico.org

II.3.

Diez condiciones socioculturales necesarias para la iniciación

Como resumen de lo anterior, puede afirmarse que, como mínimo, existen diez condiciones que deberían cumplirse para poder reinstaurar ritos iniciáticos válidos en nuestras sociedades y de amplio cumplimiento. El renacer de estas profundas experiencias activadoras de estructuras probablemente sería (como se viene observando en las más de dos mil personas que han pasado por los talleres mencionados en líneas anteriores durante los últimos ocho años) una solución sólida y duradera a la violencia juvenil actual, a los comportamientos compulsivos, drogadicciones y a las vidas neuróticas carentes de sentido y de orientación, existencias anómicas que tanto se dan en nuestras sociedades.

Las condiciones necesarias para reinstaurar ritos de muerte-renacimiento son las siguientes:

- 1) Para que construir y desarrollar marcos contextuales adecuados que permitan e impulsen experiencias activadoras de estructuras son necesarios maestros o guías carismáticos y reconocidos, además de las estructuras espaciales, temporales y simbólicas donde actuar. Esto no se puede improvisar, debe haber sido desarrollado y conformado durante largos periodos de tiempo y en el contexto de una cultura participativa. La iniciación presupone que el nacimiento biológico deja al ser humano en una condición vegetativa, desprovista de los valores propiamente humanos –valores culturales y culturales–, de ahí que los guías de las experiencias activadoras de estructuras deban ser personas profundamente formadas en los valores técnicos y espirituales propios de su sociedad.

El acceso a una condición existencial superior o evolucionada es una necesidad arquetípica que se realiza por medio de una muerte y una regeneración rituales. Este proceso de muerte ritual debe ir enmarcado en un simbolismo comprensible y necesario que impulse el desarrollo posterior de estructuras internas y externas al individuo, de ahí que el conductor o maestro debe tener la sensibilidad e inteligencia necesarias además de los conocimientos técnicos adecuados. También de ahí, que los chamanes exóticos de importación poco puedan actuar como guías reales en procesos iniciáticos de regeneración profunda, ya que no suelen conocer a fondo los valores simbólicos Occidentales²⁸. A pesar de la existencia reconocida de elementos transpersonales y transculturales, cuando un chamán amerindio o asiático acude a Europa y realiza, por ejemplo, el rito de *Las siete sangres*, como vi anunciado hace unas semanas en las paredes de Barcelona, poco pueden entender de ello los asistentes europeos ya que suelen ignorar por completo a qué se refiere el chamán americano con las siete sangres, y casi nunca se trata de conceptos simples, aislables del contexto cultural que los ha generado. Un tema distinto es el consumo de sustancias psicótropas que, a veces, suele constituir el núcleo de los ritos dirigidos por tales guías exóticos. El efecto mismo de tales sustancias –peyote, ayahuasca, sanpedro, cebil, borrachero o floripondio, salvia– puede ser una gran experiencia transformadora en sí misma. Recalco que puede serlo, no que lo sea de forma intrínseca, ya que la experiencia debe enmarcarse en un contexto simbólico, psicológico, histórico y biográfico para que active algún atisbo de transformación.

²⁸ Obviamente me refiero a los denominados símbolos de condensación, de acuerdo a la terminología usada por Victor Turner, por ejemplo en su obra *La selva de símbolos*, ed. Siglo XXI, Barcelona 1999.

Probablemente, los colectivos de donde puedan salir guías para construir marcos rituales iniciáticos se trate de especialistas en antropología, en etnopsicología, en simbología o en religiones comparadas, además de tener un amplio –¡e imprescindible!– carisma y experiencia personal en procesos de desarrollo humano. En nuestro caso, la colaboración de psicólogos, médicos y psiquiatras, incluso de actores, ha sido de suma importancia para desarrollar los Talleres de integración vivencial de la propia muerte y los demás talleres catárticos, pero el elemento central ha sido la observación meticulosa, el análisis reflexivo y la readecuación constante de la experiencia a cada grupo. La clave del éxito en tanto que marco de transformación es escuchar la dimensión grupal de toda Exces y ajustar las dinámicas internas que se dan en cada ocasión. Un rito real debe ser algo vivo y para ello el guía está obligado a disfrutar del temple suficiente para adaptarse a cada momento pero sin perder el objetivo iniciático de vista, además de ser aceptado y comprendido por el colectivo, y viceversa.

- 2) Para concretarse en una realización ceremonial convincente y útil para el individuo, los pasos necesarios de todo rito iniciático requerirían una cultura que no tenga una postura simplemente negativa frente a la muerte. La muerte debe ser valorada como paso hacia un nuevo comienzo. Es decir, la iniciación gozaba de un destacado lugar institucional en las sociedades en que la muerte tenía también un puesto oficial. En nuestras sociedades la muerte es otro negocio, elevando la economía a misticismo teológico, por lo que antes de la instauración de cualquier iniciación consciente debemos recuperar un sentido de la muerte que la sitúe como paso imprescindible para la regeneración. Si no hay muerte de lo anquilosado no hay espacio para lo nuevo. A pesar de la situación actual, en las últimas décadas del siglo XX e inicios del XXI se está dando una lenta pero clara recuperación del sentido de la vida a partir de la muerte, tanto en el ámbito intelectual como del espiritual. El derrumbe del edificio espiritual que se dio durante el siglo XIX en todo Occidente, parece estar levantando lentamente los cimientos de una nueva espiritualidad, una espiritualidad más adecuada a los vientos de la mundialización y a las necesidades del individuo humano en cuanto tal. Este nuevo laboratorio de espiritualidad en que se ha convertido Occidente, en especial algunos países como Brasil, ha producido ya abundantes ritos y textos místicos, psicológicos y populares, y está obrando para recuperar el sentido de la muerte en tanto que portal a un proceso de regeneración.
- 3) En tercer lugar, para desarrollar experiencias iniciáticas de regeneración, es casi imprescindible que la sociedad sea simple. La vida de un individuo debe resultar aislable de la vida de sus vecinos y cada fase de la vida se debe poder aislar sin dificultad de otras fases. El iniciado debe poderse aislar de los compromisos sociales durante el periodo de liminaridad. No obstante, en las sociedades complejas hay mucha menos libertad de movimiento real que en las sociedades simples, por las múltiples vinculaciones que atan a cada persona. Nuestras libertades son solo relativas a cada ámbito de la vida. Como apuntaba cierto autor, vivimos como Gulliver en el país de los liliputienses, atados por múltiples hilos ninguno de los cuales es suficientemente sólido para inmovilizarnos, pero todos juntos nos dejan paralizados. ¿Permitiría una empresa que sus empleados estuvieran alejados de su ocupación dos o más meses para iniciarse? Y aunque la empresa lo permitiera ¿qué sucedería con el colegio de los hijos, el club de fin de semana, las obligaciones del vecindario, las visitas semanales a la suegra viuda y solitaria, el compromiso conyugal...? ¿Permitiría una sociedad compleja renovar radicalmente la identidad de los individuos, una o varias veces, llegados a su mayoría oficial de edad? En África subsahariana, por ejemplo, existen diversas etnias en las que los individuos cambian de nombre varias veces a lo largo de su vida, tras cada iniciación, tras la paternidad, tras la entrada en la vejez, etcétera. ¿Lo permitirían los bancos, gobiernos,

empresas de crédito y demás entidades financieras u oficiales? Es frecuente que cuando un adulto muestra su adhesión a un credo nuevo, su alrededor se muestre sorprendido y desconfiado (¿se habrá metido en una secta?) y sin comentar que tales conversiones suelen tener pocas o ninguna faceta institucional y oficial, con alguna excepción como la entrada en conventos religiosos o en el ejército. Las instituciones y empresas buscan resultados prácticos desde el punto de vista monetario, dejando que el individuo se enfrente en solitario al problema del desarrollo de sus potenciales humanos. Máxime, se ofrecen cursos cortos de formación profesional, ahora denominados de Educación Continuada. Tan solo los altos directivos suelen tener cierto acceso a realizar cursos de desarrollo humano, siempre previendo, naturalmente, que ello conllevará más rendimiento económico para la empresa.

La Universidad es la única institución que, con cierta facilidad, podría cumplir esta condición iniciática para los estudiantes que cursan carreras presenciales (obviamente, los estudiantes “a distancia” tienen una relación distinta con la Universidad). En cierta forma, ya lo hace aunque extraoficialmente y sin tener conciencia de ello. Los estudiantes universitarios, y los propios *campus* universitarios, disfrutan de un estado de excepcional libertad de acción en comparación con el resto de espacios sociales en nuestras sociedades. La vida del universitario es simple, solo orientada hacia el estudio y, como máximo, a conseguir los recursos económicos para ello. Los trabajos a que acceden los estudiantes suelen ser ocupaciones laborales de poca obligación contractual ya que los empresarios saben que se trata de empleados temporales cuyo interés no es ascender de jerarquía dentro de la empresa o mantener una familia, sino que solo buscan subsistir durante la época de sus estudios universitarios. En este mismo sentido, los gobiernos suelen tener cierta permisividad cuando se trata de estudiantes universitarios y no les obligan implacablemente a pagar impuestos, a tener carnés de corporaciones profesionales y demás obligaciones imprescindibles para otros empleados. Se puede afirmar que la vida universitaria constituye un espacio liminar dentro del complejo social occidental. Los jóvenes estudiantes tienen casi la misma carencia de responsabilidades sociales que los adolescentes (responsabilidades que se concretan en tener una familia propia, una ocupación laboral que exige la mayor parte de su tiempo y esfuerzo, y un espacio doméstico propio) y, a la vez, tampoco tienen el peso de unos padres que gestionan su vida y a los que deben obediencia. Los estudiantes universitarios disfrutan los derechos de los adultos pero sin un jefe que controle con rigor sus horarios de entrada y salida del trabajo, y sin un estricto control de la calidad de su actividad. Es bien sabido el relativo celo por estudiar que muestran la mayoría de universitarios: en un porcentaje significativo estudian lo justo para aprobar los exámenes sin que nadie les controle, como, por ejemplo, sucede con los empleados de una empresa que deben rendir al máximo. Por otro lado, la misma identidad de estudiante universitario, y ya desde la Edad Media, implica una serie de amables concesiones sociales: se les permite cierta libertad sexual, de movimiento, de algarabías y festejos, en el vestir, etcétera. Por todo ello, es en este periodo de la vida cuando se puede seguir un proceso iniciático con menos impedimentos sociales. De hecho, como ya he apuntado en líneas anteriores, la propia vida universitaria es un periodo iniciático. Se entra en la Universidad a edad adolescente y se sale siendo un adulto. Se entra con identidad laboral por definir y se sale con una identidad definida como especialista en tal o cual rama científica o profesional. Durante estos años de iniciación, por otro lado, han ocurrido cosas importantes en la vida del estudiante, eventos que si bien no forman parte del currículo académico sí pesan en su recorrido biográfico y, a menudo, son más definitivos para la construcción del individuo estos otros hechos que suceden fuera del tiempo pasado en las aulas, que lo que ocurre dentro. Me refiero a que es en este periodo cuando muchos jóvenes tienen su primera relación sexual, su primer amor

juvenil, tienen sus primeras experiencias con drogas psicoactivas, forman el primer grupo de edad ya adulto con el que no sólo estudian –a menudo, insisto, esto es incluso secundario– sino que descubren el mundo de los adultos y sus valores. Lo más importante que sucede, en un porcentaje alto de casos, es que en este periodo iniciático el joven abandona la casa paterna para caminar solo por la vida con el consiguiente esfuerzo, penuria económica y sacrificio de las comodidades del hogar materno.

La vida del estudiante universitario es una época de renuncia, de muerte a la vida infantil y también es un periodo de iniciación a la vida adulta, características propias de todo proceso ritual iniciático. El estudiante se dedica solo a la universidad, al proceso de iniciación y, probablemente, será la única época de su vida en que pueda hacerlo. Por ello, en mi opinión este es el papel más importante que juegan las universidades en la actualidad: la iniciación de los jóvenes al espacio de los adultos. De ahí que haya tantos universitarios – especialmente de carreras de letras y de humanidades– que siguen una carrera a pesar de no tener la mínima posibilidad estadística de encontrar una ocupación laboral posterior que tenga relación con su título académico. Lo saben de antemano y, a pesar de ello, se matriculan y siguen todos los cursos. Brillantes licenciados en psicología vendiendo seguros de coche, licenciados en historia del arte trabajando de rutinarios encuestadores, arqueólogos sirviendo cafés y todo lo demás ¿Para qué estudian? Les interesa la vida juvenil que acaece en el *campus*. Tal vez con poca consciencia, pero saben que en el *campus* se da la iniciación vital al mundo adulto. En las aulas solo se imparten conocimientos técnicos (en muchos casos incluso de cuestionable calidad) pero lo que sucede durante el periodo universitario va mucho más allá que las paredes de las aulas.

- 4) La falta de tiempo (trabajo, educación continuada, familia) y la inmovilidad territorial (compra del apartamento, más tarde hipoteca de la segunda vivienda) son otros obstáculos materiales importantes que frenan la posibilidad de tomar parte activa en una renovación profunda. Una iniciación real a menudo requiere largos meses de preparación, aunque el rito dure solo unos días, y viajar por distintos lugares. La falta de disponibilidad temporal y los compromisos territoriales impiden la participación en el proceso iniciático y de regeneración.
- 5) Las posibilidades reales de éxito en la lucha por el desarrollo de la individuación, por sentirse uno protagonista de su existencia, actualmente son dramáticas y casi nulas. El enfrentamiento violento directo es el mayor activador de arquetipos heroicos pero cada vez está más alejado de la vida aceptada como “válida” y legal. Antaño las peleas entre grupos familiares, pueblos, clanes y naciones eran vividas en primera persona por los sujetos. Los muchachos de cada pueblo peleaban con los muchachos del pueblo vecino para afirmar su territorio y defender las chicas que pertenecían al mismo pueblo de la agresión de los jóvenes machos vecinos. Como analiza L. Zoja, los duelos eran otro espacio donde batirse. Todo ello ofrecía a las personas la posibilidad de ser ellos mismos, de ser héroes defendiendo su pueblo o su familia, o bien de actuar como individuos sabios y serenos si conseguían evitar la contienda que regularmente se organizaba. La pelea estaba en el centro del proceso de individuación. Estas luchas del sujeto por llegar a ser él mismo, por responsabilizarse libremente de su desarrollo, este esfuerzo del yo –como dirían los psicólogos– por reforzarse, por salir del oscuro preconsciente, han sido el objeto máspreciado de mitologías y relatos. Es la lucha del héroe contra el dragón que amenaza a todos, arquetipo que actúa de modelo para adolescentes y adultos.

Pero cada vez es más difícil que la lucha actual se presente como responsabilidad individual integrada en una pauta aprobada por la comunidad. Tales torneos épicos se ven solo en las películas. El proceso de individuación se vive como algo tan solo mental y

simbólico, por medio de identificarse con los héroes de celuloide. Las verdaderas luchas para afirmarse, dentro de nuestras sociedades, están tan pautadas que el individuo se queda prácticamente sin espacio alguno de su responsabilidad, tal como podía entenderse en otros tiempos o culturas. El héroe prototípico y modelo cultural arriesga su propia vida en el combate, vence o muere, pero semejante experiencia está prohibida en nuestro mundo. El trato con la muerte está mediatizado por el Estado, incluso quien rechaza la comida es alimentado contra su voluntad. El anciano solitario y enfermo es internado en una residencia y diagnosticado como sujeto psicopatológico si deja de sentirse interesado por la vida y prefiere acabarla. Tan solo se valora el triunfo económico por la vía que sea, incluyendo el narcotráfico, el tráfico de petróleo o de joyas y todos los demás tráficos legales o ilegales mientras enriquezcan al sujeto. Es de todos sabido que los grandes personajes de la política y de los negocios con frecuencia tienen las manos manchadas de ilegalidades. El pueblo no se preocupa por ello hasta que el personaje es descubierto de forma escandalosa y no tiene recursos para escapar a la condena. Sólo entonces es objeto de es de escarnio pero no por sus ilegalidades sino por haberse dejado atrapar. Las películas, principal vehículo de simbologías y valores de hoy, muestran como héroes a políticos que luchan contra la corrupción o a bandoleros redimidos, pero lo que más atrae a la población es la pelea misma entre el protagonista y el personaje malo de la película, violencia que luego tratan de reproducir los más jóvenes en sus barrios no logrando si no una mala imitación del conflicto de celuloide, sin que alimente con nutrientes de buena calidad su proceso de individuación. Solo se pueden sentir héroes cuando la policía los detiene por haber realizado algún acto penado por la Ley.

- 6) En sexto lugar, el delirante modelo consumista se opone frontalmente a la iniciación. La iniciación tiene como premisa la renuncia a las cosas materiales, es una renovación interior, de muerte de los patrones anteriores y, como es sabido, individuación y muerte significan no consumo. El consumo implica uniformización y la sociedad consumista no permite desvíos del patrón básico. El consumismo genera *sujetos fundamentalmente exocentros*. Es decir, individuos cuyo centro existencial y de toma de decisiones está fuera de ellos mismos, cuyas emociones solo se reconocen si desde fuera se lo anuncian, sujetos que no saben lo que necesitan y se han acostumbrado a que al principio de cada temporada les indiquen lo que les va a gustar para vestir y comer, lo que les atraerá y les emocionará, así como al político que deben votar para seguir manteniendo su estilo consumista.

En sentido contrario, iniciación equivale a desarrollar *sujetos con orientación endocentros*. Es decir, personas cuya vida, sentimientos, propósitos y demás se generan desde sí mismos y son conscientes de ello. Son sujetos que se regeneran con cierta facilidad sin necesitar las ofertas del consumismo. El consumismo estimula el patrón maníaco-depresivo al negar la muerte, el luto y la simple tristeza y, a cambio, ofrece un modelo de crecimiento indefinido sin contención, cuando precisamente toda iniciación demanda contención. El humano normal en el modelo consumista es el sujeto que no experimenta épocas progresivas intercaladas con esperas reflexivas, como sucede en todo ritmo natural como, por ejemplo, el acto sexual. Es el individuo atrapado y decidido por la opción maníaca, produciendo y consumiendo mucho más de lo que necesita, buscando desesperadamente Viagra, Spur-m, Levitra, Softtabs, Zyban, Meridia, Vicodin, Cialis, Ambien, Xanax, Tiberius erectus y los otros afrodisíacos y antidepresivos de venta libre por Internet cuando su potencia sexual decae por cansancio o por edad. “Compre hoy el coche que más le guste y empiece a pagar dentro de siete meses. Compre aunque no tenga dinero”, este es el lema del consumismo. Actividad sin cesar, sin reflexión, sin contención. Las consecuencias y responsabilidades siempre “más adelante”.

En la actualidad, lo pavoroso y asombroso es que tal patrón maníaco-depresivo no solo no es una actitud considerada patológica, o como mínimo anómala, sino que se ha convertido en auténtico modelo cultural. El hombre medio actual es fuertemente distímico, sufre una alteración duradera del estado de ánimo en forma de tristeza crónica y maquillada.

Como observa Zoja, las expresiones evidentes y cotidianas de este modelo son el cáncer, que avanza imparable destruyendo el cuerpo del enfermo, y el toxicómano que en lugar de renunciar al consumo de droga lo aumenta frenéticamente hasta la posible muerte. Ambos fenómenos despiertan entre el público la misma ambivalencia de horror y fascinación a la vez: son modelo y metáfora del consumismo en que andamos hundidos. El consumismo como estilo de vida, ir la moda, tomar drogas, afiliarse a una secta o en grupos violentos, todo ello surge de la necesidad de trascender la propia condición rutinaria, de la necesidad inconsciente de buscar el éxtasis místico, la aspiración profunda de unirse con algo mayor. La instauración de falsos rituales forzosos, tipo cristianismos o fiestas patrias, pone en jaque a la misma trascendencia real ya que la convierte en objeto de una actitud fetichista (la droga como objeto tranquilizador o lo extático como experiencia a consumir) por encima de la búsqueda de la propia y real regeneración en tanto que camino a seguir orientado por los ritos iniciáticos.

- 7) En séptimo lugar, para reinstaurar los ritos de muerte y regeneración, es necesario crear espacios sagrados, espacios de conversión positiva donde lo cotidiano se sacralice. Los problemas para que exista una sacralidad en nuestro mundo son diversos. El primer obstáculo es el paso obligado por una experiencia central de iniciación o muerte-renacimiento. Para el antropólogo clásico Marcel Mauss, el núcleo esencial de la sacralidad es el sacrificio. El mismo término “sacrificio” etimológicamente significaba “convertir en sagrado”. Sacrificio proviene del sustantivo latín *sacer* (santo, sacro) más el verbo *fic* (hacer, producir). Sacrificar, por tanto, viene a significar el proceso de convertir algo en sagrado, de consagrar. Si ahora seguimos la pista al vocablo “sagrado”, hallamos que es un derivado etimológico del sustantivo *sacr* al que se le añade el verbo *are*, que significaba “estar dedicado a” o “ser devoto de una causa”. O sea, “sagrado” vendría a significar “estar devotamente dedicado a una causa”.

Decía M. Mauss que el sacrificio consiste en el establecimiento de una comunicación entre el mundo sagrado y el profano por medio de una víctima, de algo que se destruye durante el rito. Lo sagrado exige estar enteramente dedicado a ello, renunciar, al menos por un tiempo, al resto de atractivos y actividades que ofrece la vida cotidiana. Deberíamos crear espacios donde ello sea posible, espacios retirados del mundanal ruido, limpios de cargas simbólicas no relacionadas con el rito a atravesar. En este sentido, la sacralidad real que se respira en los Talleres de integración vivencial de la propia muerte, antes mencionados surge, en parte, del hecho de que los asistentes deben entregarse completamente al taller y a lo que en él sucede. No tienen más opciones que entregarse o salir de este tiempo y espacio sagrados.

- 8) Hay tres características de la iniciación que L. Zoja pone de relieve (ZOJA, *ibid*, 190) y que hoy son de difícil realización: *la sacralidad* (de la que acabo de hablar en el epígrafe anterior), *la irreversibilidad* y *la ausencia de alternativas*. La irreversibilidad, según Zoja, significa que una vez realizado el rito de paso el sujeto nunca más pueda regresar a la etapa o estadio anterior. Por ejemplo, la boda católica, cuando no había otra posibilidad de enlace matrimonial, era algo sagrado por irreversible y porque no existía otra alternativa a la convivencia reconocida de una pareja. De ahí que cuando se oficializó el divorcio y el matrimonio civil, y también se aceptó la unión libre incluso reglada por algunos Estados, el rito de la boda dejó de ser un proceso iniciático real ya que no es irreversible y además existen otras opciones al

matrimonio católico. En nuestras sociedades actuales la irreversibilidad es un valor que va a la baja, a pesar de que la vida misma es irreversible.

- 9) El mundo de hoy también fuerza la desaparición de la iniciación porque conlleva que se generen diferencias particulares, algo que parece ir contra la cosmovisión del “todos somos iguales” y del sistema de gobierno democrático. La iniciación implica aceptar que no todos somos iguales en cuanto a lo que podríamos denominar la calidad del ser, algo que, efectivamente, sucede ²⁹. Implica que se reconozcan y acepten las exigencias de diversa índole que presentan los iniciados. Así por ejemplo, las exigencias que hay entre la vida que acaece en un monasterio de clausura y la vida cotidiana fuera de él, son exigencias propias de un grupo de iniciados que ha sido históricamente aceptado y aun sobrevive. Pero la cultura europea ha ido negando progresivamente la iniciación por estas diferencias que genera, porque la asocia a pueblos menos desarrollados y a estadios culturales ya superados. La asocia al esoterismo y a la creación de subculturas dotadas de sistemas de valores excesivamente autónomos para el deseo de homogeneización del consumismo y la mundialización de la economía. El estatus de estudiante universitario es una diferencia aceptada, aunque solo temporalmente y porque genera su propio mercado. A partir del siglo XVII, el cristianismo se enfrenta con dureza al esoterismo, éste va perdiendo legitimidad y el misticismo no cristiano va quedando excluido (aunque sea un misticismo tan sólido como el árabe o el sufi, auténticas fuentes del misticismo cristiano). En este sentido, las sociedades democráticas generan mucha más masificación anónima de la que se quiere aceptar. Las diferencias reales son mal vistas, los inmigrantes sólo se aceptan si cumplen con los requisitos de extrema uniformización que se les exige, la vida debe someterse a un mismo patrón en todas partes. La iniciación y el desarrollo de caminos de individuación corren en sentido contrario a tal empeño occidental de humana masificación en cadena. De ahí, por ejemplo, que en Iberoamérica la existencia hasta la actualidad de grupos indígenas profundamente distintos del individuo occidental, alimente una cosmovisión en la que aun resta espacio real para lo diferente. Es más fácil que renazcan verdaderos ritos de muerte y regeneración en este continente que entre sus vecinos anglos del norte o en la vieja Europa. En las regiones del Planeta más dominadas por el patrón consumista, las diferencias realmente aceptadas se limitan a las diferentes marcas de productos a consumir, sean materiales o inmateriales como la espiritualidad o la felicidad. Brasil es hoy el gran laboratorio de nuevas espiritualidades y ritos iniciáticos ³⁰.
- 10) Finalmente, todo proceso de iniciación debe tener en cuenta al ser humano en su complejidad: cuerpo, mente, espíritu y emociones, su dimensión social e individual. La regeneración es completa o no la hay. Pero así como todo el mundo parece libre de intentar manipular la mente de los demás (directores de cine, políticos, creativos publicitarios, líderes religiosos, locutores de televisión), y la mayor parte de veces lo consiguen con un éxito rotundo (como bien saben los creadores de opinión pública), en cambio es difícil tocar los cuerpos sin que se sospeche de intenciones malévolas, a menos que no suceda en un emocionalmente esterilizado contexto clínico. En este sentido es difícil, aunque no imposible,

²⁹ Para reflexionar sobre la diferencia del ser de unas personas y de otras en cuanto a nivel evolutivo o capacidad consciente de discriminación sobre la realidad, puede leerse la importante obra clásica de P. Ouspensky, *Psicología de una posible evolución del hombre*, ed. Ghanesa, Venezuela, 1996.

³⁰ Para este tema específico puede verse el análisis: FERICGLA, Josep M^a, 1998, “El peyote y la ayahuasca en las nuevas religiones místicas americanas”, en *Antropología en Castilla y León e Iberoamérica. Aspectos generales y religiosidades populares*, ESPINA, Ángel (ed.), Instituto de Investigaciones Antropológicas de Castilla y León, Salamanca, págs. 325-347.

el desarrollo de ritos de transformación sin que haya algún tipo de manipulación sobre el cuerpo. Tal manipulación corporal puede incluir un abanico tan amplio de hechos que iría desde realizar un ayuno largo o corto, hasta el consumo de psicotropos bajo la dirección de un guía o las escarificaciones y lesiones en el cuerpo, como la circuncisión. Así por ejemplo, para inducir los estados de catarsis que logramos en los talleres que dirijo, con frecuencia hay que realizar ciertas manipulaciones especiales en el cuerpo de los asistentes, hay que ayudarlos a salir del *impasse* en que se entra como si fuera un callejón sin salida. Para ello, el camino más eficaz es un conjunto de manipulaciones físicas en puntos específicos donde el cuerpo está más unido al alma. Pero solo hay una relativa libertad para hacerlo, se debe pedir permiso al individuo, vigilar para no tocarlo en puntos donde se pueda sospechar de violación de la intimidad o de agresión sexual, hay peligro de denuncias y todo lo demás.

Es indicativo de este peligro latente el hecho de que en alguna ocasión, tras acabar saludablemente un taller, alguno de los asistentes, a pesar de estar satisfecho y haber comprendido para su utilidad lo que había sucedido durante la Exaces, preguntó en tono amistoso y curioso cómo podemos ofrecer tan libremente estas experiencias, si estos Talleres son legales, sobre qué tipo de permisos disponemos para realizar estas experiencias activadoras de estructuras. Al escuchar tal inquerencia me resultó sumamente extraño e inquietante ya que no se lleva a cabo nada ilegal, todo sucede ante el grupo y tenemos las titulaciones profesionales adecuadas. No obstante, me hizo reflexionar sobre el punto al que dedico el presente epígrafe. En los talleres se trabaja la catarsis a nivel completo de las diferentes dimensiones del ser humano, incluyendo la corporal, y ello no es algo que acostumbre a suceder en nuestras sociedades.

II.4.

Resultados de la Experiencias Activadoras de Estructuras

Finalmente, este texto no quedaría completo si no hiciéramos alguna referencia a los resultados y transformaciones observadas en los asistentes a las Exaces específicas que se han comentado más arriba. No todo es negativo y oscurantismo en las sociedades de patrón consumista.

En primer lugar, a pesar de la enorme dificultad de seguir procesos iniciáticos hoy, hay grupos de personas, a los que podríamos llamar disidentes del consumismo, que buscan tales experiencias de muerte y regeneración, y que tienen la necesidad de desarrollar el arquetipo del camino. No siempre se trata de jóvenes que sienten con más intensidad la presión del arquetipo de la iniciación o de místicos que se lanzan a la búsqueda de su camino espiritual. Con frecuencia se trata de personas notablemente saludables y socialmente bien instaladas que no se dejan atrapar por los dictados alienantes del consumismo, buscando salidas a tal cosmovisión cerrada. En general, se trata de personas que, bajo una u otra forma, tienen en común el hecho de sentir la necesidad de cultivar una cierta autodisciplina y de orientar su existencia hacia fines más elevados, sensibles e inmateriales que los que propone la sociedad de consumo. Se trata de individuos que no suelen confundir la autodisciplina con las reglas fijas y rígidas provenientes del exterior. Son personas que comparten el hecho de considerar un cierto dominio de sí mismos como una habilidad imprescindible para pasar gradualmente de la vida guiada por pautas externas, exocentrada, a una vida desarrollada desde dentro, endocentrada. Suelen compartir la creencia y la sensación de que *la vida obtiene el sentido final a partir de la propia experiencia de la vida*. Los escritos de: a) una mujer

joven, menor de treinta y cinco años; y de b) un hombre de media edad, son ilustrativos en este sentido.

a)

“Estoy muy agradecida por la experiencia vivida [la informante se refiere a una Exaces, al Taller de integración vivencial de la propia muerte, de tres días de duración]. Para mi ha sido un disfrute continuo. Me he sentido muy unida a los demás asistentes. Al terminar el taller me sentía llena de vida, con un ‘contento bullicioso’ pero muy sereno en lo profundo, con una sensación de que ‘todo está bien’ y de que la vida es una aventura digna de ser disfrutada. Estaba excitada y serena al mismo tiempo, ‘feliz’ sería la expresión más correcta, aunque se me queda corta (otra de las palabras venidas a menos).

Durante todo el día siguiente [al taller] me dediqué a disfrutar, revisar, revivir y recordar lo vivido y me sentía aún transportada por la música y las sensaciones tenidas. La sensación de haber hecho un ‘viaje a los orígenes’ tomaba cuerpo, esa noche tuve un sueño lúcido que no he compartido [...].

Me siento fortalecida con la experiencia, como aterrizada, y lo mejor de todo es que lo ‘normal’ de la vida, del día a día me parece extraordinario. Es una sensación de totalidad en el sentido más sencillo y auténtico de la expresión.”

b)

“Aun estoy ‘procesando datos’ ¿sabes?. Así es como podría describir la actividad de mi cerebro. Por otro lado, siento una apertura de mi consciencia directamente proporcional al sentimiento de ‘aquí y ahora’. Si ando rápido pierdo esta consciencia, si me pongo nervioso la pierdo, si dejo de estar atento a mi alrededor y me pongo a cavilar sobre mis proyectos, el futuro y todo esto, la pierdo. Pierdo esta consciencia si en una conversación me dejo arrastrar por las emociones y la confusión de la otra persona. Entonces me pierdo porque dejo de estar en mí. Trato de relajarme y observar el mundo, de esta forma... ¡entiendo tantas cosas! Si [...] intento hacer alguna cosa que no está de acuerdo con mi esencia, lo veo claramente. Es como sentir donde está mi centro, como si pudiera ver una línea recta que me atraviesa desde la cabeza hasta el suelo y que, cuando la siento, a la vez tengo la consciencia de ‘ser’, y cuando algo me perturba es como si empezara a difuminarse rápidamente y me perdiera a mi mismo. A pesar de que el lunes [tras el taller] regresé al trabajo, desde entonces que paso muchos ratos escribiendo en mi diario. Puedo empezar a discernir y a concretar lo que me está pasando, esa gran perturbación de mi ser que empecé a sentir tras la experiencia [Exaces], como si me hubieran traqueteado completamente y en todos los sentidos, aspectos, perspectivas, herramientas que tenía para vivir... y tuviera que recomponerme por completo.

Estoy cambiando mi manera de relacionarme, siendo ahora más amoroso cuando veo que el o ella lo necesita. Por ejemplo, con un hermano mío que trabaja en la misma empresa y con quien la desconfianza [que nos une] es mutua. Estoy yendo a verlo tan solo que para darle un abrazo o para preguntarle que cómo le va el día o qué está haciendo. Con mi madre, que [...] sufre esquizofrenia, hago lo mismo: me relajo y trato de observarla sintiéndome feliz, y la animo a relajarse, le doy besos y la abrazo con más ‘calidad’ que antes. [...]. Estoy más atento a lo que quieren comunicarme los demás, trato de ver qué hay debajo de sus mera palabras y qué necesito yo en este mismo momento.”

Para ofrecer una imagen rápida del conjunto de tipologías de personas que son buscan experiencias arquetípicas de muerte y resurrección, la estadística simple es una herramienta útil.

Durante el año 2003 pasaron 304 personas por los talleres de integración vivencial de la propia muerte. En estos talleres se activa el arquetipo del camino por medio de experiencias catárticas propulsadas por la técnica de respiración holorénica. Algunas cifras descriptivas pueden dar idea de la gran amplitud social de *disidentes del patrón consumista ciego*.

Hombres, representan el..... 44,95 % de los participantes
 Mujer, representan el..... 55,05 % de los participantes

Este índice de participación según el sexo se acerca significativamente a la distribución general de un sexo y otro en el total de la sociedad. Por ello, podemos afirmar que la representación por sexos es válida.

Según grupos de edad, la participación a los talleres de muerte y regeneración en el año 2003 ofrece esta escala:

De 18 a 25 años.....	10,19 % del total de participantes
De 26 a 30 años	11,70 %
De 31 a 35 años	16,98 %
De 36 a 40 años	13,58 %
De 41 a 50 años.....	35,85 %
De 51 a 70 años.....	11,70 %
Más de 70 años.....	0,00 %

Este año 2003 fue excepcional al no haber ningún participante mayor de 70 años. En otros años es frecuente que estén representados individuos de este grupo de edad en un índice del 3 al 5% de los participantes. Esta pirámide de edades no es representativa de la pirámide general de edades en las sociedades occidentales. Hay que entenderla como representación del aumento de interés por el propio desarrollo humano a partir de una mayor consciencia de la pobreza espiritual y psíquica de la vida tipo en nuestras sociedades, lo cual suele suceder a partir de los 30 años por término general.

Los porcentajes de asistentes a los talleres del año 2003, divididos según los estudios acabados que declaran son los siguientes:

Estudios básicos	3,01 %
Bachillerato	11,04 %
C.O.U.....	5,02 %
Diplomatura.....	14,38 %
Formación profesional.....	12,37 %
Licenciatura universitaria.....	39,13 %
Doctorado.....	2,68 %
Otros estudios.....	1,34 %
No especifican.....	11,04 %

Estos índices de estudios académicos acabados pueden entenderse como un buen indicador del alto nivel de saludable integración social de los participantes. En el total de la sociedad no se alcanza el 39,13% de licenciados universitarios, ni un 2,68% de doctorados. Estos datos no deben entenderse en el sentido de que las personas que participan en estas experiencias activadoras de estructuras disfrutan de un nivel económico más elevado que el promedio de la población, lo cual se reflejaría en un mayor índice de titulación universitaria. Sino que, en mi opinión y analizando los datos referidos a las profesiones (se expone en la siguiente tabla), cabría interpretar que las

personas que participan en los talleres de muerte y regeneración muestran una mayor necesidad de desarrollo interno, de curiosidad por la vida y de riesgo por existir con plenitud.

Motivo de interés declarado que les anima a participar en el taller de muerte y regeneración:

Angustia ante la muerte.....	4,48 %
Crecimiento personal.....	61,94 %
Curiosidad.....	5,60 %
Desbloquear miedos.....	12,31 %
Tener una “experiencia” trascendente.....	0,37
Formación profesional.....	9,33
Buscar el sentido de la vida.....	5,60
Descargar rabia.....	0,37

OCUPACIÓN

Abogados.....	1,04
Administrativos.....	7,99
Arquitectos.....	1,04
En paro.....	1,74
Comercio	1,04
Comerciales	4,17
Contable	0,69
Dependientes	0,69
Directivo de empresa	2,78
Diseño de interiores	0,69
Economistas	1,04
Editor	0,69
Educadores	0,69
Empleados de telefónica	0,69
Empresarios	1,39
Enfermeras	11,46
Estudiantes	5,56
Fisioterapeuta	1,04
Fotógrafo	1,74
Funcionarios	4,51
Gestión cultural	0,69
Hostelería	1,04
Informáticos	1,39
Ingenieros técnicos	1,74
Limpieza	0,69
Médicos	4,17
Pedagogo	0,69
Profesores	8,68
Psicólogos	3,82
Psicopedagogo	0,69
Secretarias	1,04

Técnicos 1,74
Terapeuta 1,74

19,95% de otras profesiones (veterinario, trabajador social, antropólogo, agente de seguridad, sociólogo, obreros de la construcción, siderúrgicos y de otros campos, recepcionista, restaurador de muebles o de arte, psiquiatras, periodistas, peluqueras, policías municipales, profesores de artes marciales, meteorólogo, masajistas, lingüistas, librerías, agente forestal y agrónomos, acupuntor, asesor fiscal, artistas, astrólogos, empleados de banca, inspector, kinesiólogo, ingenieros de diversas especialidades, artesanos, bomberos, agentes de bolsa, fontanero, farmacéuticos, jefe de sección, payaso, diseñador gráfico, guía turístico, escritor, creativos, croupier, delineante, comunicador, construcción)

Epílogo

Aunque la autoridad decreta la prohibición de la iniciación como práctica o trate de impedir el esfuerzo por ir a “alguna parte más allá del consumo”, ningún político ni autoridad religiosa o militar puede eliminar la exigencia arquetípica biológica. Tal tendencia natural, aunque no halle una vía adecuada y saludable de expresión y de realización, acaba por aparecer y a menudo, aunque no siempre, aparece en formas sucedáneas, simplificadas y degradadas ya que son actos de contenido inconsciente, no orientados por la cultura. Otras veces, en cambio, aparece la tendencia arquetípica en colectivos de individuos maduros aunque disconformes o divergentes respecto del modelo cultural oficial. Estos individuos, cada vez más numerosos y organizados, buscan la iniciación a pesar de los esfuerzos personales que deben realizar: ocupar la mayor parte de su tiempo libre y vacaciones laborales en la iniciación, una parte de su dinero se orienta hacia tales menesteres, tratan de orientar su vida a partir de los valores aprendidos durante la iniciación, adecuan lugares donde realizar sus prácticas sagradas (y no me estoy refiriendo a sectas que disuelven la individualidad de los acólitos), y deben mantener su afiliación a las escuelas de vida o grupos iniciáticos a los que pertenecen casi en secreto para no ser acusados de “sectas destructivas”.

En sentido contrario, entre las formas anómalas de iniciación en el mundo actual se pueden mencionar los grupos que se dotan a sí mismos de reglas de juego para consumir drogas o para realizar actos violentos sin mayor consciencia de la profundidad del acto. Por ello, es obvio que el tabú legal que prohíbe el consumo de psicotrópicos es, a pesar de todo, menos potente que la necesidad de iniciación. Por ello, la prohibición no frena el consumo ni la violencia. Incluso se puede decir que el consumo, en sí mismo, no es contrario a los valores dominantes: el consumismo abre el camino hacia todo tipo de consumo. Otras formas anómalas de iniciación las vemos en los grupos violentos de seguidores de clubes de fútbol quienes, a pesar de ser amonestados por las directivas de los equipos, con frecuencia piensan que los mismos directivos los tienen como sus más arrojados seguidores; los grupos fanáticos que con la iniciación creen renacer en un mundo más próximo a su paraíso ilusorio; los diversos grupos religiosos que se sienten exclusivos en su posesión de la divinidad: el protestantismo y el judaísmo han generado un buen abanico de tales sectas aceptadas por los poderes fácticos, ya que mantienen las personas unidas bajo un mismo yugo. A pesar de todo, pocos de estos nuevos grupos iniciáticos enmarcan el proceso de muerte-renacimiento y abren caminos a un desarrollo personal completo por medio de Excesos. Pocos de ellos ofrecen una experiencia activadora de estructuras de carácter holístico, cuyo efecto se mantenga más allá del propio marco ritual.

Por tanto, se puede afirmar que es la estructura arquetípica biológica la que genera la necesidad de esoterismos y violencias y no al revés. Incluso entre niños europeos de hoy se dan juegos espontáneos basados en la creación de sociedades secretas, sin que lo hayan observado entre sus mayores ni en la cultura dominante. El éxito de películas y novelas como *El Señor de los Anillos* o *Harry Potter*, camino iniciático y mago, es una buena ilustración de ello. Así pues, la consideración de esta necesidad de experiencias iniciáticas activadoras de estructuras internas como algo consubstancial al ser humano nos permite una comprensión más amplia de fenómenos tales como las drogodependencias, los paramilitares, los *hooligans*, los *skin heads*, los universitarios y demás.

Por ello, las prohibiciones de ciertos psicotropos, la persecución de las sectas que actúan al margen del poder político (aunque no por ello alienantes), el menosprecio a las diferencias reales en el mundo de hoy no hacen desaparecer la necesidad de iniciación sino que producen lo contrario. Tales dificultades intensifican los vínculos grupales y hacen que los grupos de iguales actúen escondidos, fuerza a que se activen rasgos esotéricos e iniciáticos sin el control adecuado por parte de ancianos o guías experimentados y a que desaparezcan las tradiciones indicadoras de caminos a seguir para el desarrollo existencial del ser humano. La prohibición de consumir ciertas drogas y de colectivos realmente diferentes es justo el factor que promueve la formación de sectas y de grupos terroristas como mecanismo de autodefensa frente al Estado que impide actuar los propios arquetipos inconscientes. También es así como nacen las subculturas que los estratos de poder y la prensa se empeñan en denominar contraculturas.

El nacimiento de subculturas con sus propios rituales es necesario y sucede por razones más profundas que la simple defensa frente a una prohibición. Por ejemplo, son pocos los individuos que consiguen una experiencia profunda y transformadora en solitario. En efecto, una Exces debe ser colectivizada ya que en los pasajes de crisis de una comunidad las experiencias activadoras de estructuras son innovadora y deben ser grupales, al margen de la necesidad del ímpetu y protección grupal para enfrentarse a ciertos contenidos inconscientes. La antropología confirma estas afirmaciones al observar que en épocas de crisis las sociedades tradicionales tienden a aumentar el consumo de drogas y las búsquedas místicas. Con ello la sociedad activa los recursos de renovación y si el legislador impone sanciones por estas actividades solo consigue que se acentúen los aspectos esotéricos, cerrados, marginadores, violentos y castrantes.

La carencia actual de espacios iniciáticos se nota también en la carencia de una identidad y de un conjunto de roles sólidos. Los jóvenes carecen de oportunidades para hallar una ocupación precisa en la sociedad, y ni tan solo se les ofrecen expectativas realistas vinculadas a la posición y función social, para que se esfuercen por ellas. Por identidad aquí me refiero a una vivencia dotada de continuidad y coherencia, me refiero a reconocerse idéntico a uno mismo incluso de través de los cambios de parámetros básicos como tiempo y espacio. Ambos factores no son necesariamente conscientes y se van construyendo a lo largo del tiempo, especialmente gracias a las experiencias.

Para acabar, cabe afirmar que dar salida ordenada a estas pulsiones arquetípicas sería una probable solución a la violencia, al desorden social actuales y al sinsentido de la existencia que subyace a tales formas anómalas de expresión.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BOUSO, José Carlos, 2003, *Qué son las drogas de síntesis*, RBA, Barcelona.
- BRAUDILLARD, J., 1993, *El intercambio simbólico y la muerte*, Monte Ávila, Caracas.
- ELIAS, Norbert, 2000, *Teoría del símbolo. Un ensayo de antropología cultural*, ed. Península, Barcelona.
- FERICGLA, Josep M^a, 1994, *Los jíbaros, cazadores de sueños*, Integral-Oasis, Barcelona
- FERICGLA, Josep M^a, 1998, "El peyote y la ayahuasca en las nuevas religiones místicas americanas", en *Antropología en Castilla y León e Iberoamérica. Aspectos generales y religiosidades populares*, ESPINA, Ángel (ed.), Instituto de Investigaciones Antropológicas de Castilla y León, Salamanca, págs. 325-347.
- FERICGLA, Josep M^a, 2002, *Envejecer. Una antropología de la ancianidad*, Herder, Barcelona.
- FERICGLA, Josep M^a, 2002, "El fil encadenant o el temps en les cultures", editado en *El temps i la humanitat*, ed. 62, Barcelona, páginas 51-90.
- FERICGLA, Josep M^a, 2002, *Al trasluz de la ayahuasca*, Liebre de Marzo, 2002, Barcelona.
- FERICGLA, Josep M^a, 2003, "Apuntes sobre psicotropos y la resolución de conflictos familiares en le mundo tradicional shuar", en *Revista de Etnopsicología de la Societat d'Etnopsicologia Aplicada i EE. CC*, nº 2, págs. 23-32, Barcelona.
- FERICGLA, Josep M^a, 2004, *Epopteia, avanzar sin olvidar*, Liebre de Marzo, Barcelona.
- LORIMER, David, 2003, *Mas allá del cerebro. La expansión de la consciencia*, Kairós, Barcelona.
- OUSPENSKY, P., 1996, *Psicología de una posible evolución del hombre*, ed. Ghanesa, Venezuela.
- RAPPAPORT, Roy A., 2001, *Ritual y religión en la formación de la humanidad*, Cambridge University Press, Madrid.
- TAUSSIG, Michael , 2002, *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje*, Ed. Norma, Colombia.
- TURNER, Victor, 1999, *La selva de símbolos*, ed. Siglo XXI, Barcelona 1999.
- WANG, E., DING, Y-C., et al., 2004, "The Genetic Architecture of Selection at the Human Dopamine Receptor D4 (DRD4) Gene Locus", en *The American Society of Human Genetics*, 74, págs. 931-944.
- ZOJA, Luigi, 2003, *Drogas: adicción e iniciación*, Paidós, col. Junguiana, Barcelona.